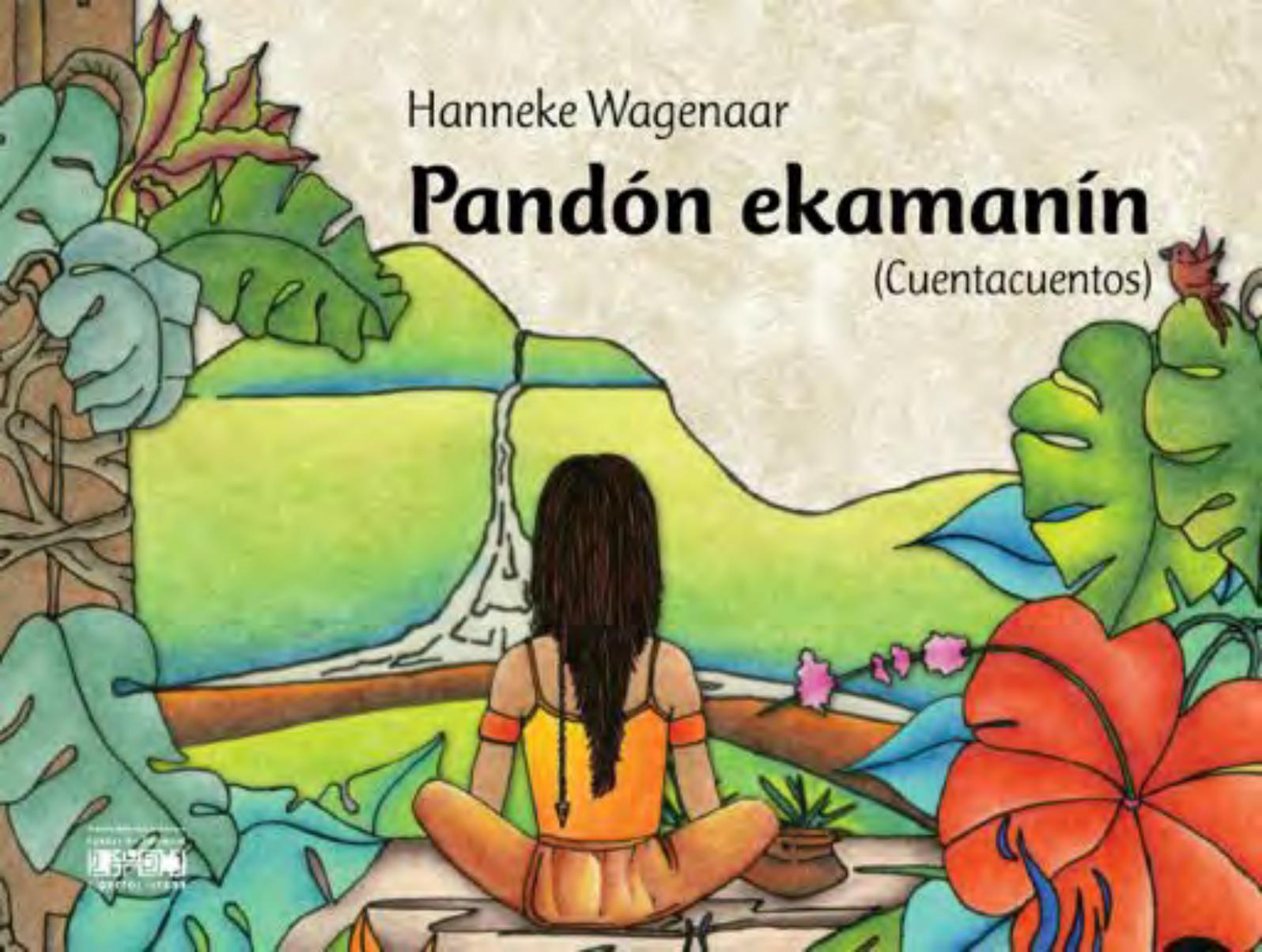


Hanneke Wagenaar

# Pandón ekamanín

(Cuentacuentos)







© Texto e ilustraciones: Hanneke Wagenaar  
© Fundación Editorial El perro y la rana, 2010  
Centro Simón Bolívar  
Torre Norte, piso 21, El Silencio,  
Caracas - Venezuela, 1010.  
Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399.

Correos electrónicos:  
elperroylaranacomunicaciones@yahoo.es  
atencionalescritor@yahoo.es

Páginas web:  
[www.elperroylarana.gob.ve](http://www.elperroylarana.gob.ve)  
[www.ministeriodelacultura.gob.ve](http://www.ministeriodelacultura.gob.ve)

**Edición al cuidado de:**

Rodolfo Castillo  
Elis Labrador  
Mónica Piscitelli

Hecho el Depósito de Ley  
Depósito legal lf40220108002277  
ISBN 978-980-14-1076-8

IMPRESO EN VENEZUELA

Hanneke Wagenaar

# **Pandón ekamanín**

(Cuentacuentos)



Al valle de Kamarata

# Nota de la ekamanín

La primera idea que me asalta es que no son mis cuentos, son de los pemón, de su tradición oral, a ellos les pertenecen. La segunda idea es que, de ninguna manera, este trabajo tiene pretensiones antropológicas. Son sencillamente la razón para dibujar tepuyes, selvas y sabanas; arcoíris, nubes y cielos; personas que son pájaros y árboles que son personas; rocas parlantes, tucusitos en busca de una flor y acures que viajan dentro de troncos huecos en un mundo alucinado; anacondas gigantes y cerros que se abren para dibujar una tierra que me ha impactado quedándose pegada al cuerpo como una nueva capa de piel, utilizando los colores del cuero sutil de la boa tornasolada con la que los pájaros se cubrieron en el tiempo de Piá, cuando todo lo nombrable era humano.

Es por ello -y con todo mi respeto- que escribo, a mi entender, los cuentos que escuché o leí en algún momento y que ahora les cuento a los karán, es decir, a los visitantes de otras latitudes y a los tüponkén de la ciudad. He querido contarlos, concentrándome en la oralidad de estos mitos para que el lector tenga la fortuna de percibir el espacio que rodea estas narraciones, la naturaleza que las origina.

Cada uno de estos pandón está basado, de alguna manera, en determinadas leyendas relacionadas a la cosmovisión de los pemón. Algunos fueron contados por mis compañeros de trabajo durante las caminatas al Roraima o al Auyán Tepü, y otros durante los viajes en curiara por los ríos Akanán, Karrao o Churún. Algunos los he leído y transformado de tanto repetirlos, por las noches, a los visitantes que llevamos río abajo o tepui arriba; otros nacen de cuentos narrados en distintas ocasiones por estudiosos de la cosmovisión kamarakoto: Lino Figueroa, Alexander Sifontes, Karaiba o Miguel de Guyana, cuyos apellidos desconozco. Otros provienen de los cuentos recogidos por fray Cesáreo de Armellada, llamado Emasensén Taurí por los pemón, y monseñor Mariano Gutiérrez Salazar. Unos pertenecen a la Gran Sabana donde habitan los pemón taurepán, y otros al valle de Kamarata y a Kanaimö, donde habitan los pemón kamarakoto. Finalmente, otros son resultados de mis propias ensoñaciones y experiencias durante mis largas estadías en la región. Y es así que resultaron las páginas que siguen.

*Hannekewai*



Hanneke Wai

# Ariwaipa

**D**e las copas de los árboles brotaban trompetas amarillas anunciando la sequía, Ariwaipa quedó en la distancia, Balbino amarró la curiarita con la que cruzamos el Akanán de un gran tronco arrancado por alguna crecida, emprendiendo enseguida el camino hacia su conuco. Haciéndonos una seña muda lo seguimos a través de la selva oscura bordeando un buen rato el barranco lamido por las aguas marrones. Al salir del verde tupido y de la sombra protectora de la espesura, seguimos un sendero abierto a través de un monte alto coronado por espigas que se mecían al son de la brisa. Dejamos atrás el Akanán, una alfombra de flores cubría el suelo extendiéndose delante del indio kamarakoto que nos guiaba silenciosamente hasta la siembra; sus pies, a pesar de ir calzados, no hacían el menor ruido al pisar el suelo.



Subimos por una pendiente de tierra rojiza y, antes de llegar a la cima de aquella loma, ya llevábamos la lengua colgada como perro acalorado. Balbino, sonreído, nos preguntó si estábamos cansados, respondimos que no, pero al llegar al final de la subida nos detuvimos esperando que el aire nos llenara los pulmones de nuevo. Al volvernos contemplamos el valle en toda su extensión bajo la vigilancia eterna del Auyán Tepü, entonces despejado, mostrando íntegramente su altura labrada como si fuera el gran balcón desde donde Kanaimö se asomaba antojoso a discernir sobre la existencia de los kamarakoto. Recuperado ya el aliento continuamos el camino siguiendo el único sendero. Al cabo de un rato de andar surgió el primer conuco, Balbino se volvió al tiempo que nos explicaba que desde allí comenzaban las siembras de su familia, aquella era de yuca amarga, yuca para hacer casabe cuya hoja era más gruesa, con la que se entremezclaba la yuca para hacer kachirí de hojas más delgadas.

El sendero seguía y así lo seguían también los pies ligeros del indio. Después otro conuco, también de yuca pero distinta, esta lucía hojas delgadas pero sus tallitos eran rojizos, era la yuca para hacer parakari. Grandes troncos ennegrecidos por la quema custodiaban cada conuco, la brisa soplaba suavemente acariciándonos los rostros sudados; una yuca enana de hojas moradas también se asomaba de la tierra aquí y allá. Llegamos a un laberinto de enredaderas salpicadas de flores blancas, abiertas como



cornetas al cielo, ofreciéndose zalameras a las abejas y a los tukui que deambulaban descarados mostrándonos su tornasolado plumaje y cacheteándonos con sus alas y con su zumbido de moscardón. Nos turnábamos detrás de Balbino, abrumándolo con preguntas, queriendo atrapar para siempre sus respuestas dadas en un español meditado y pausado. Dejando atrás una churuata caída y cubierta por hierbas y maleza revuelta, comenzamos a bajar levemente llegando a una construcción rectangular con techo de láminas de zinc corrugado; utensilios y herramientas para rayar yuca y hacer casabe se mostraban recién usados quizás por sus sobrinas y cuñadas. Ante la curiosidad desatada nos explicó acerca de la fabricación del casabe, de cómo se le exprimía el yare lechoso a la yuca y luego se convertía en kumachí, un líquido espeso de color marrón papelón, el cual se hervía durante más de cuatro horas para que los venenosos vapores cianhídricos desaparecieran. Rayos, sebucanes y cernidores, medio pipote tapado con una inmensa plancha de hierro circular que hacía de budare y horno, una vieja curiara que ya no flotaba hacía ahora las veces de batea repleta de yuca rayada, pimpinas esperando ser llenadas de kachirí o parakari junto a envases de cinco litros utilizados para verter la bebida; afuera, los estantes para secar las tortas de casabe recién horneadas. Cada uno de los objetos que allí habitaban tenía un motivo, una función precisa, asumiendo vida propia como en el tiempo de Piá.



Dejamos el lugar retomando la caminata. “¡Solo un poco más allá!”, nos decía Balbino. Por fin nos encontramos caminando entre mil matas de yuca de todo tipo , y no solo de yuca, también había caña de azúcar, piñas y ajíes. Finalmente Balbino nos hizo entrar en una pequeña churuata que se nos apareció repentina, donde nos dieron un cálido recibimiento. Una olla de barro se encontraba bien centrada sobre tres piedras en medio de una candela chisporroteante. Una sobrina de Balbino preparaba un tumá a base de pecesitos recién sacados del río. El Akanán pasaba muy cerca del lugar aunque no se escuchaba en esta época tan seca, entonces no llovía en las cabeceras del río ni en la cima de los tepuyes, faltaban todavía un par de meses antes de que comenzara a caer la lluvia. Balbino nos alcanzó una camaza repleta de kachirí dulce recién preparado por su sobrina y al que aún le faltaban un par de días para fermentar. Balbino nos hablaba orgulloso del lugar, explicándonos lo que quisiéramos con paciencia infinita.

Al fondo de la churuata, apenas caminando unos pocos metros, uno se topaba con un riachuelo donde, sin pensarlo dos veces, nos mojamos la cabeza sacudiéndonos así el calor y la modorra del mediodía. Bajo el abrigo del techo de palma no se sentía calor, la brisa gentil refrescaba enormemente nuestra piel transpirada; hablábamos entretenidos, preguntas iban y venían, llegó el cuñado de

Balbino sumándose a la tertulia, mitad en kamarakoto y mitad en español. El tumá estuvo listo y enseguida fuimos invitados a “picarnos la boca”: casabe, caldo con ají picante y pecesitos, pescado asado y sakura, que no era otra cosa sino casabe remojado en agua. Comíamos en silencio, disfrutando de la inmensidad kamarakota y de la hospitalidad brindada sin prejuicio.

Al terminar, el cuñado de Balbino peló por el machete para cortar una piña de piernas largas, es decir, un largo trozo de caña de azúcar. La hartazón estuvo exquisitamente dulce; el hombre había cortado la caña en pequeños pedazos transpirantes de goticas de melado ambarino haciéndolos lucir más tentadores, cada quien se apoderó de una ración. Balbino, su sobrina y su cuñado conversaban en kamarakoto; nosotros escuchábamos mudos, caña de azúcar en mano, aquel idioma arrullador, hablaban bajito: risas... más palabras... de nuevo risas... eran seres eternamente alegres, amablemente felices... Balbino hizo un gesto de despedida, nos había dicho que por la tarde quizás podíamos asistir al areruya que se celebraba en la capilla de Ariwaipa. Nos despedimos no sin pesar. ¡Airö!

Poco a poco hicimos el camino de regreso, embelezados con la naturaleza de aquel valle kamarakoto, ombligo del mundo pemón, centro de la Tierra. Al llegar de nuevo a orillas del Akanán nos mojamos en





sus aguas, dos se embarcaron con Balbino en la curiarita y otros dos nos sumergimos en sus aguas cruzando a nado entre risas y placer.

Dejamos la curiara amarrada junto a otras y nos enrumbamos hacia Ariwaipa. El caserío parecía desierto, sin embargo, podíamos descifrar el ritmo continuo y el canto encerrado del areruya que brotaba de alguna parte. Nos acercamos a saludar a unos amigos de Balbino que, ocultándose del abrazo del sol de la tarde temprana, conversaban bajo una enramada.

Dentro de una de las churuatas del caserío una voz masculina lideraba aquel canto. Escuchamos curiosos, ninguno de nosotros había presenciado anteriormente la ceremonia. La puerta de una churuata ovalada, que en realidad era una capilla dedicada especialmente al areruya, estaba entreabierta y uno a uno, tímidos, nos fuimos acercando sin atrevernos a entrar. Un muchacho nos cerró la puerta al percatarse de nuestra presencia, pero enseguida se volvió a abrir y fuimos invitados a entrar por el pastor de la ceremonia. El interior de la capilla era fresco, no había mucha claridad, la poca luz se filtraba a través de las rendijas dejadas por los palos de madera que remataban la pared oblonga de la construcción. En el centro, sosteniendo el techo de temiche tejido, se levantaban desde el suelo dos largueros, alrededor de los cuales bailaban en círculo los asistentes, hombres y mujeres; los niños y



nosotros estábamos sentados quietos en un banco alargado o en el suelo recostados de la pared. Cada uno de nosotros escogió un punto de la churuata para acomodarse en silencio. Nadie nos prestó mayor atención, Balbino se había quedado afuera conversando, ni él ni su familia eran practicantes del areruya, ni de la ceremonia que se llevaba a cabo todos los domingos y desde tiempo remoto.

El pastor cantaba y giraba en torno de los largueros centrales, los demás lo seguían girando, dando vueltas, en el centro del universo curador. Las voces nos sumergían paulatinamente en un estado de semihipnosis, sin dejar de estar conscientes de lo que ocurría a nuestro alrededor; estábamos demasiado sorprendidos, éramos inmensamente ciudadanos como para dejarnos llevar enteramente por aquella atmósfera. Así, uno tras otro, los participantes iban cayendo en un trance notorio, hasta el punto de convulsionar y vomitar. Los cantos no se detenían bajo ningún motivo, más bien se iban enlazando uno con el otro, siempre llevando la voz principal el maestro de la ceremonia que se dedicaba entonces a erradicar cualquier mal que pudiera estar aquejando a cada uno de los participantes: limpiando sus cuerpos terrenales, purificando sus almas a través de aquellos cantos que eran un puente conductor hacia el trance necesario.



Bastones tallados en madera en forma de cruz larga les servían de sostén a los que iban sumergiéndose en aquel estado convulsionado, recibiendo a su vez el apoyo y la ayuda de otro compañero que aún no hubiera alcanzado el trance o ya lo hubiera superado. El último en alcanzar aquel nivel sería el mismo maestro y, solo entonces, los cantos se irían apagando. Al comienzo del areruya los cantos habían sido fuertes, dándose el ánimo y la fortaleza necesarias para enfrentar el desgaste de energía, al que se abrían como capullos ante aquel trance cual primer aguacero de mayo. Aquellos cantos quedarían para siempre en nuestras cabezas urbanas dando vueltas y girando como los pies de aquellos kamarakoto alrededor del centro de gravedad de la churuata. Eran sus pies descalzos los que llevaban el ritmo como un gigantesco tambor, como si mil samburá retumbaran golpeando el suelo del valle; eran sus pies descalzos, eran sus voces, sus cantos invocando a la naturaleza poderosa.

Al finalizar la ceremonia del areruya cada participante iba saliendo por otra puerta opuesta a la entrada mientras, que ya recuperado, el maestro iba soplando una a una las frentes de los niños asistentes a la capilla, para que la energía negativa que se hubiera podido liberar de los adultos, no los invadiera, no los impregnara enfermándolos ni debilitándolos.

Fuimos saliendo por aquella otra puerta que daba hacia el cerro Tumún, saludando a todos los asistentes con un apretón de manos, formando al mismo tiempo una hilera humana hasta que el último de los asistentes saliera. Le dimos una vuelta completa a la capilla y luego fuimos invitados a beber kachirí en la churuata principal del caserío, no sin antes darle también una vuelta completa. Al entrar todos entonaron canciones, la primera de ellas era una bienvenida dedicada a nosotros, visitantes tüponkén. Aparecieron dos guitarras y un cuatro. Idalina, la mayor de las señoras, sirvió la primera ronda de kachirí, luego se servía uno mismo no sin antes enjuagar la camaza o el tazón del que se había bebido. Cualquiera podía participar, cantar o beber, de modo que Balbino se nos unió. Jesús sacó un peine a manera de uña, entonando la siguiente canción en su guitarra, el kachirí ya comenzaba a arrancarnos la sonrisa a todos, la espesa bebida de yuca, la música y la pemonidad animaban la tarde en el valle de los tepuyes.

Habíamos pasado la mañana caminando entre conucos de yuca, habíamos comido casabe con kumachí, ahora bebíamos su jugo fermentado. Balbino nos observaba...

De autoría propia, basado en un recorrido que hiciera la autora por el valle de Kamarata.





Hannehewai

# Tukui arötöpai waranapí

## (El tucusito y el trueno)

**L**e contaba Matutukú a su nieto, un día sentado dentro de su curiara al atardecer, mientras contemplaban en la distancia un pequeño cerro aplanado que apenas se distinguía, que en el tiempo de los ancestros revoloteaba en los alrededores de aquel tepui un pequeño tucusito, era Tukui el ayudador de los piasán, andaba diligente de flor en flor en busca de su amada Yarikü, bebía de cada una de ellas el néctar que le ofrecían. En sus andanzas y bailoteos, entre flores y rabines de agua rojiza, se le presentó al picaflor la hermanita menor de los imawaritón, ellos eran una suerte de espíritus, a veces juguetones, y otras, tramposos engañadores. Los dos se prendaron y quedaron enamorados instantáneamente, y decidieron casarse para gran disgusto de sus hermanos, quienes consideraban a



Tukui demasiado insignificante y pequeñito para unirse a su hermana; los imawaritón solían decir que Tukui era un simple pájaro mosca que no podía defenderla y por esa osadía decidieron vengarse.

Desde entonces los imawaritón comenzaron a comportarse en forma violenta con los habitantes de aquellos valles y no dudaban en presentarse en cualquier momento del día o de la noche en forma de aguaceros, vientos huracanados, remolinos, tolveneras o tormentas eléctricas para desparramarles la cosecha de yuca y ajíes, destrozándoles los conucos y volándoles los techos de palma de sus casas a los kamarakoto.

Tukui se enteró de aquel asedio sin escrúpulos, molesto y fastidiado de tanto hostigamiento decidió ir a casa de los imawaritón en la cima del Aparamán, un tepui muy alto que se extendía desde el este del valle hacia la serranía de Lema. Invitó a su compañera a ir con él a visitar a su madre y sus hermanos; los demás tucos trataron de disuadirlo, aquello era una aventura muy peligrosa, los

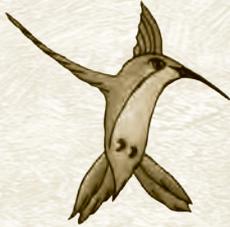


imawaritón eran seres chocarreros y provocadores, además, decían que iban a matar a Tukui por haberse casado con su hermana. Él, valiente y cansado de las injusticias de sus cuñados, le respondió a sus hermanos que de cualquier modo iría a verlos y arreglar las cosas.

Tukui, inteligente como era, se preparó un gigantesco tolete de tabaco, mucho más grande que su propio cuerpo, armándose también con un palo a modo de gran bastón. Antes de partir sopló un tarén sobre su amada compañera y luego sobre el tabaco y el bastón para ir protegidos, emprendiendo entonces el viaje al Aparamán. Los imawaritón se enteraron de que su cuñado venía en camino a visitarlos junto con su hermana y prepararon entonces sus báculos gritándose entre sí la noticia estruendosamente.

“¡Allá viene el que se llevó a nuestra hermanita!”, y sonaba un trueno. “¡Hay que desaparecerlo!”, y resplandecía una centella. “¡Cuando llegue lo cercamos!”, y sonaba un estallido en el cielo. “¡Lo soplamos y revolcamos por todos los aires!”, decían las ráfagas y los vientos huracanados.

Cuando Tukui y su compañera llegaron a las cercanías ya el alboroto se escuchaba como una estampida de la naturaleza, se oían rugidos de kaikusé, bramidos de báquiros, chillidos de enormes gavilanes, relámpagos amenazantes, Katurui’ se puso más oscuro y denso que nunca y Waranapí



acompañaba con su vozarrón de trueno. Mas no se asustaron, Tukui tomó la delantera y siguió acercándose con toda tranquilidad, llevando en su pico aquel inmenso rollo de tabaco que a duras penas podía sostener, arrastrando, además, el pesado bastón que los protegía. El pequeño pajarito les llegó muy cerquita, observándolos a los ojos y dándose cuenta de su mirada burlona. De pronto, sin mediar palabras, los imawaritón no aguantaron más la risa contenida ante lo que consideraban la facha más ridícula que habían visto jamás; la de Tukui y su enorme tabaco. Los hermanos imawaritón se desterrillaron de risa; pasaron muchas horas sin poder detener su risa atolondrada. Mientras tanto, Tukui se paseaba entre ellos abriendo la puerta de la casa y sintiéndose a sus anchas en ella; llamó entonces a su compañera y ambos cruzaron la morada de los imawaritón, aquellos que decían que iban a matar a Tukui ahora solo se reían sin parar.



Al hacer su tarén, Tukui había cantado: “¡Voy al encuentro de los más bravos, de los que no quieren que viva y quieren que muera, pero yo los voy a hacer reír con mi bastón y con mi tabaco, voy a lograr que se pongan contentos y se rían mucho! ¡Yo que soy el que arranca los pájaros, que soy el de colores azulados, que soy el de las plumas de sol!”.

Y así dejó Tukui muertos de risa a sus cuñados los imawaritón, mientras perdían el tiempo burlándose de él, no se daban cuenta de que el tucusito inteligentemente los había hecho reír tanto, que ahora él y su compañera estaban en su casa instalados viendo cómo estos se convertían en gotas de agua, en lluvia que la tierra se tragaba.

Basado en la leyenda *Tukui wokü yen tepü* recogida por monseñor Gutiérrez Salazar, Kamarata.



# La fiesta de los pájaros

**T**auná evocó las imágenes del tukui tempranero, los recuerdos de los danzantes acompañados por el ronco wöronká y por los golpes acompasados del samburá y del bastón sonajero que era el kewei le resonaban en la cabeza. Un anciano de cabellos grises se le acercó, sus rasgos eran los de un antiguo amigo, Katurui' Roriwá, nube azul, pero mucho mayor. Tauná había entrado en el mundo de los ensueños mientras trataba de reconocer al viejo piasán que sacudía un manojó de hojas de distintos arbustos, cual sonaja, del que brotaba un monótono crujir al tiempo que entonaba un canto de aves. Le cantaba al gavián cola de tijera, la kumara. El anciano recitaba quedamente, casi como murmullo que iba elevándose por los aires, como la tijereta. En ese mágico mundo aquella ave



era mucho más que un simple pájaro; la kumara era una hermosa indígena cuyos dueños eran los imawaritón que moraban sobre las cimas de los tepuyes. Los espíritus de los muertos también habitaban en aquellas mesetas graníticas y podían viajar ocupando el cuerpo de aquellas aves. Tauná ya no sabía si estaba dormida o despierta, pero aquel anciano era demasiado real; su canto había cambiado, ahora era más agudo, sin llegar a ser fuerte. Dejando de un lado a las kumaras, llamó a las aves de las serranías, las nare-nare, princesas de los tepuyes. Cuando un visitante nuevo se acercaba a aquellas montañas esculpidas cual alcázares, las nare-nare trataban de enamorarle haciendo que se quedara en el tepui. Una suave brisa acarició a Tauná haciendo que se diera vuelta en el chinchorro, le dio frío, el anciano todavía rondaba la churuata de Iwaná, silbaba despacio, pausadamente, entonces comenzó un nuevo canto. Tauná creía descubrir que aquel sabio cantaba en kamarakoto antiguo, el que los

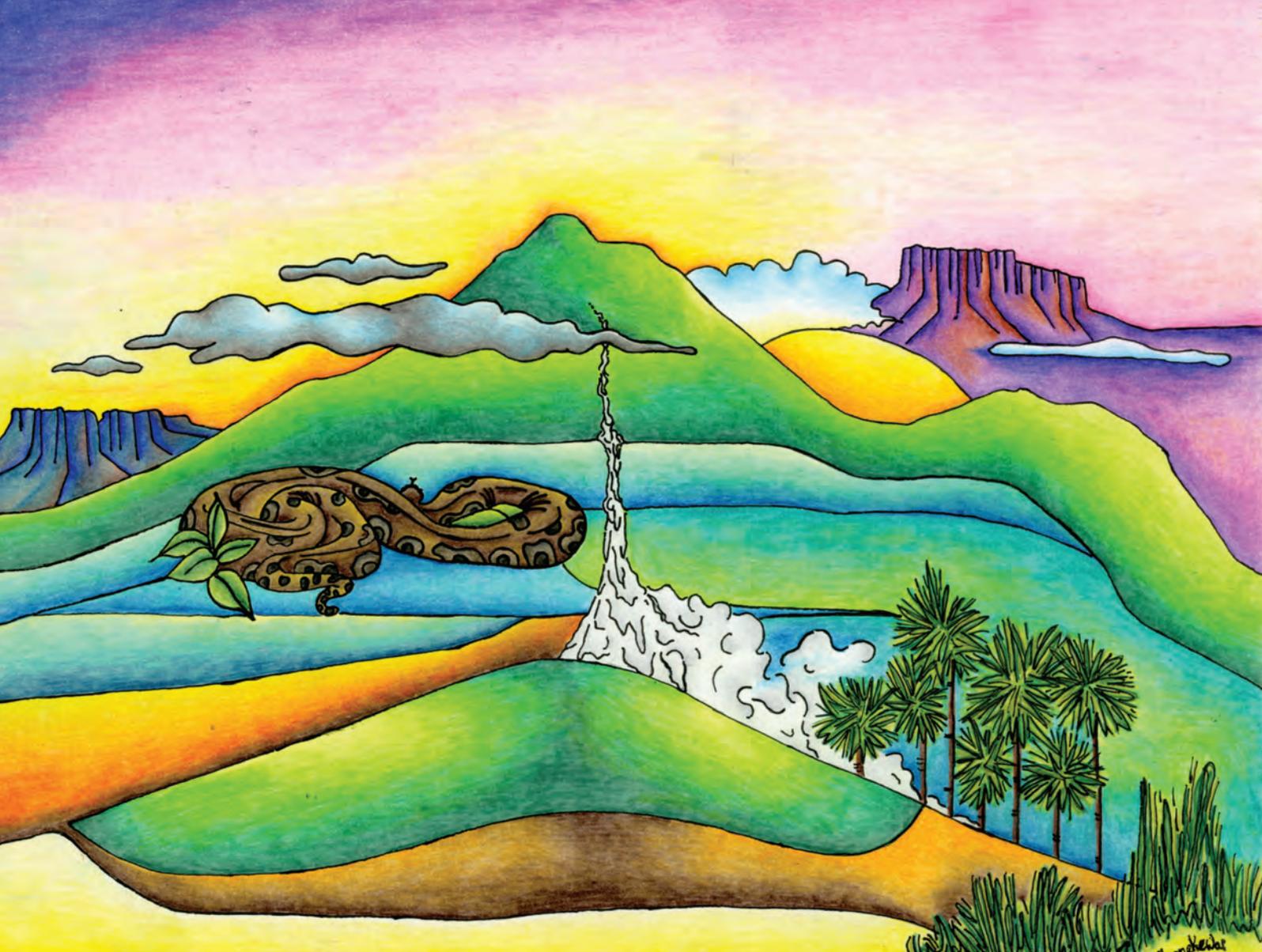


piasán utilizaban cuando invocaban algún tarén. Aunque no entendía las palabras, la embargaba la sensación de comprender el significado de aquellas canciones, que además la arrullaban. Volvió el rostro hacia la voz que escuchaba proveniente del anciano, mientras este entonaba un canto para los waitata, correporsuelo, aquellos pajaritos de copetico revoloteaban y saltaban de roca en roca en las cimas de los cerro-mesas. Con cada canto Tauná podía subir a los tepuyes cercanos, al Amarwai, al Mörüchipán, al Aparamán, al Tukai Wokü Yen Tepü; las mansiones de las aves. Tauná aunque no consciente de ello, podía ir de cerro en cerro, caminando a través de una energía en forma de hilo de algodón finamente elaborado por las tejedoras, tres mujeres que habían aparecido espontáneamente, quizás de la nada o quizás siempre habían estado allí ayudando al piasán en su canto, mientras tejían el karawaré, el puente que unía el mundo mágico de los pemón al mundo real. Tauná no lo sabía pero

de alguna manera estaba comenzando a caminar sobre aquel delicado hilo, tan delgado e invisible como el de una telaraña entre las malangas gigantes de la selva que rodeaba a los tepuyes. En la mansión del Aparamán se llevaba a cabo una gran fiesta, Tauná podía ver la celebración como si estuviera flotando sobre ella; vio a Okonei que llegaba al lugar, unas kumaras lo invitaban a pasar. Al entrar en contacto con las hermosas mujeres-pájaro, a Okonei le habían nacido unos hijos que crecían de manera vertiginosa, haciéndose adultos en un tiempo ínfimo, comparándolo con el de un simple mortal. En aquel mundo mágico las kumaras no dejaban que el nuevo visitante se alejara de la celebración sobre el tepui; por su parte, Okonei no sentía ningún deseo de regresar a su propio espacio, era entonces cuando aquellos hijos repentinos cumplían con su misión, enseñándole al visitante la ruta del retorno.

El anciano, ahora sentado en su murei, siguió nombrando a todas las aves, una a una, tocándole ahora el turno al tukui, el tucusito. Al terminar su canto, Tauná sintió como si el anciano se acercaba al chinchorro más aún. Entre sus manos tenía un kachiwotó, una taparita con un brebaje que Tauná no alcanzó a probar, pues aquel olor tan fuerte logró despertarla de golpe e incorporándose con las manos fuertemente asidas a los bordes del chinchorro de algodón logró quitarse el mosquitero de encima, tratando de ubicar, en la oscuridad más absoluta, un ápice de luz estelar que la regresara a la realidad terrenal; solo se escuchaba el murmullo del Akanán. A su lado, no muy retirado, logró definir el chinchorro que se mecía suavemente de su compañero Okonei y más allá, una silueta encorvada, apoyada en un bastón que caminaba desvaneciéndose...

Basado en la leyenda de las nare-nare y las kumaras, narrado por Lino Figueroa, Kamarata.





# Entre el Aichá y el Waipömán

**K**au-kau recordó de pronto un cuento que se desarrollaba en una terraza amplia entre el cerro Aichá y el Waipömán, el Aichá Tei. El Aichá era un pequeño río que cruzaba la sabana del Aichá, y la cascada que se formaba en su borde para caer en el valle era el Aichá Vená; un salto de aguas alborotadas que se desplomaba a no menos de cuatrocientos metros de altura a causa de un desnivel. El Aichá Tei se unía a otra meseta, el Enwarapaima, que se encargaba de cerrar el valle de Kamarata por el lado sur. Enwarapaima era también un gran lagarto que vivía en las entrañas de aquel cerro. En una de las orillas del río Aichá existía una depresión no muy grande. Cada vez que la

temporada de lluvia se desataba, esta se llenaba de agua y formaba una laguna dando la impresión de una vasija colmada de lluvia en fría ebullición. De aquel lugar se desprendía la leyenda de la wi de Aichá Tei.

Contaban nuestros antepasados, relató Kau-kau, que en sus tiempos una inmensa anaconda arcoíris, la wi, habitaba aquella laguna; al comienzo se alimentaba de los dantos, lapas, venados y acures que por aquellos parajes deambulaban incautos. Aún se podían ver los montones calcáreos carcomidos y blanqueados por la intemperie, pilas de huesos dejados por la sierpe. Contaban los ancianos que un día un cazador, en su descuido, fue tragado por la gigantesca anaconda cuando cruzaba el río, esta quedó cebada con el gusto de su carne y desde entonces optó por engullirse solo a los hombres que por allí transitaban. Un día los habitantes del valle decidieron que era tiempo de acabar con la enorme culebra, pues ya los desaparecidos eran muchos. Se reunieron y acordaron no andar por aquella senda durante un buen tiempo. La wi pasó mucha hambre, hasta que un día los guerreros se acercaron silenciosamente amarrando un perro cerca a la olla de agua, escondiéndose entre los árboles con arcos montados y flechas envenenadas dispuestas a ser disparadas. El perro ladró hasta atraer a la serpiente que, sin perder un segundo, atrapó al animal con sus poderosos anillos, asfixiándolo antes de que este se diera cuenta de lo ocurrido. Entonces wakuwá, la paloma, cantó por los rincones de la selva, era la

señal dada por uno de los cazadores para atacar a la ágil y escurridiza anaconda, logrando matarla. Luego los hombres la enterraron, quedando un túmulo con la silueta enrollada de la enorme culebra de agua, rodeada por los huesos de todos los que habían sido engullidos por ella; pero hay quienes creen que la wi aún es la dueña y moradora de la olla de agua y que en los tiempos de lluvia más fuerte aparece por los lados de la depresión del Aichá.

Basado en la leyenda de la wi, una enorme anaconda, recogido por monseñor Gutiérrez Salazar. El Aichá y el Waipömán son dos cerros pequeños localizados en el valle de Kamarata.





HANNEKE  
LWIN

# Tukui arötöpai Yarikü

(El tucusito y la flor)



**H**abía hace mucho tiempo dos poblados pemón. Siempre compartían, viviendo como buenos compañeros y vecinos. Un pueblo grande y otro más pequeño. Uno a cada lado del río oscuro que bajaba de los tepuyes silenciosos lamiendo las selvas impenetrables. Ambos pueblos vivían de la pesca abundante del aimará primitivo y también del bokiní; además, tenían sus conucos a un par de horas de camino a pie por la selva, donde sembraban yuca dulce y amarga, ajíes dulces y picantes, piñas de agua y caña de azúcar, auyamas, plátanos y cambures.

Tukui era un joven emprendedor de espíritu luchador y soñador. Vivía en el pueblo Chikirikö. Se entretenía ayudando a los suyos cuando salían de cacería en busca de okiras, báquiros, lapas, acures, picures o de algún danto; era bueno con el arco de araguaney y la flecha, en la caza y en la pesca. De pequeño iba con su mamá a echar varbasco en el río embobando y recogiendo con la mano los peces intoxicados con la leche de aquel bejuco aplastado que tornaba blanquecina el agua, robándole el oxígeno. Así, feliz en aquel



remoto valle, centro del mundo, había crecido aprendiendo, escuchando a los más viejos contar sus sueños por las mañanas, y relatar el quehacer cotidiano por las tardes al caer Wei, el Sol.

Yarikü era nieta de un anciano piasán, cacique jefe del pueblo Kaipün. Los moradores de aquel pueblo tenían fama de ser excelentes pescadores. Siempre pescaban en abundancia sin importarles si el río estuviera crecido o tuviera poca agua. Había pasado su vida recogiendo algodón para hilar y tejer los kamí en los que dormían, aquellos chinchorros abrigaban sus cuerpos durante las estrelladas noches despejadas del valle. Conocía todos los escondrijos de la selva pues junto a Tukui perseguían mariposas, hablaban con los pájaros y recogían flores en los ratos libres.

Sucedió entonces que un día el pueblo Kaipün había dejado de pescar, no conseguían peces por más que salían temprano —apenas despuntando los primeros rayos del Sol—, ni con el varbasco echado en el río ni con sus flechas ni con sus taponos o redes. Mientras que el pueblo Chikirikö lograba sacar cada vez más peces, nadie entendía lo que ocurría hasta que el pueblo Kaipün terminó disgustándose entrando entonces en conflicto con sus vecinos Chikirikö.

Tukui y Yarikü se vieron obligados a dejar de verse a causa de las diferencias surgidas entre sus pueblos; se les prohibió corretear y andar juntos por la selva, ya no podrían perseguir a las wakaparú, las



grandes mariposas azules que revoloteaban en las cercanías de los ríos, ni caminar juntos por la sabana ni contar las estrellas ni navegar los ríos en curiara. Los venados y los tucanes ya no serían testigos de su amor creciente, pues aquella separación era el mandato del consejo de ancianos de cada uno de los poblados. Yarikü pasaba los días trayendo a sus ojos la imagen de su amado Tukui; cada mañana paseaba sola en la sabana cubierta por la saliva de las estrellas, el rocío mañanero.

Sin embargo, al paso de los días, hicieron caso omiso de aquella orden que para ellos carecía de todo sentido; se escapaban por las tardes bajo cualquier pretexto y se escabullían adentrándose en lo más profundo de la selva, enfrentando así al consejo de ancianos de cada uno de sus pueblos. El abuelo de Yarikü, el piasán, sospechaba de las ausencias de su nieta, por eso una tarde mandó seguirla. Tukui y Yarikü fueron descubiertos en el recodo secreto de un rabín de color ámbar rojizo que se escurría entre piedras y hojas secas. Los guerreros Kaipün apedrearon a Tukui quien fue derribado de un peñonazo certero en la cabeza, Yarikü trató de ayudarlo inútilmente, fue llevada en contra de su voluntad ante su abuelo. Mientras, Tukui quedaba tendido en el suelo atendido por los pájaros y las mariposas.

El piasán abuelo de Yarikü se reunió con el consejo de ancianos donde se llegó a la dura decisión de desterrarla del pueblo. Él no quería hacerle daño a su nieta, tampoco mandarla lejos, de modo que





después de muchas cavilaciones tomó la decisión de preparar una pócima dándosela a beber a Yarikü. La muchacha comprendió su suerte y sin preguntar absolutamente nada bebió confiándole su alma al anciano; poco a poco Yarikü se fue convirtiendo en una hermosa flor bajo la mirada herida y taciturna de su abuelo.

Tukui, entre tanto, había llegado adolorido a su pueblo en busca del consejo de su propio piasán. Los torón, aquellos pájaros de la selva que lo habían protegido, le dijeron que su amada Yarikü había sido convertida en una flor y que ahora formaba parte de los parajes que tanto habían recorrido. El buen hombre le aconsejó al muchacho que buscara otro amor, alguien con quien compartir su vida, que pronto olvidaría a Yarikü. Pero Tukui no quiso saber nada al respecto, no podía vivir sin ella y así se lo hizo saber al piasán quien quedó muy conmovido ante la vehemencia de Tukui.

Viendo que Tukui estaba dispuesto a dejarse morir, pues solo quería compartir toda su vida y su mundo con Yarikü y con nadie más, el viejo piasán estuvo un largo rato pensando. . . , pensando, en cómo poder ayudarlo; llegando finalmente a una ancestral conclusión, la de fabricar un brebaje verde abrigado, de cualidades especiales, casi tan amarillo como los ojos del kaikusé.

El anciano le fue hablando lentamente y con voz profunda a Tukui, al tiempo que este se bebía el espeso líquido de la totuma ofrecida. Las palabras del piasán lo iban arropando. Tukui no comprendía bien el significado de aquellas palabras que penetraban en su ser, le sonaban lejanas. Pensaba que su cuerpo se había tornado muy ligero, como si se despegara del suelo, entonces supo que el anciano le había hecho un tarén, al igual que le hiciera su abuelo a Yarikü. Sintiendo inmensas ganas de salir volando, sacudió sus brazos como si fueran alas, desprendiéndose hacia el cielo, liviano como un pájaro.

Había sido convertido en un ágil tucusito, destinado a buscar a Yarikü, su amada flor, con la infinita esperanza de encontrarla algún día. Aquellos piasán habían decidido que cuando Tukui y su amada se encontrasen de nuevo serían otra vez aquellos dos jóvenes pemón enamorados.

Nuestros abuelos nos cuentan que el tucusito es significado de esperanza, pues anda volando y posándose de flor en flor todo el tiempo en busca de la suya, sin perder jamás la esperanza de encontrarla.

Basado en la leyenda de El tucusito y la esperanza, narrada a Roberto Marrero, guía turístico de La Gran Sabana, por un anciano Taurepán de la región.





# Manataurai

**A**kurí se sentó sobre las redondas piedras rosadas a contemplar el salto. De sus labios brotaron las palabras meditadas aludiendo a la historia de Manataurai, que tenía que ver con una silueta que se dibujaba claramente en la pared del tepui, ubicada a la derecha del salto.

En el tiempo de los bisabuelos se contaba que en un desaparecido poblado del valle que rodea el río Akanán se preparaba una fiesta para celebrar la cosecha, al mismo tiempo que una de las jóvenes de la comunidad esperaba, al cuidado de su abuela, su primera menstruación. Los ancianos del pueblo le habían aconsejado a la muchacha que anduviera con sumo cuidado y que, hasta llegar el día esperado, se quedara guardada en su casa pues no debía hablar con nadie, mucho menos con algún muchacho, pues a los imawaritón les gustaba hacer jugarretas con las muchachas en aquella nueva situación y podían transformarse en algún joven pemón que engañara a las incautas, provocando luego la ira desmesurada de Kanaimö.

La fiesta comenzó. Desde lejos, a la joven, le llegaba el rumor de las risas, de los cantos del parichara, voces de personas, el piasán le había aconsejado que no le prestara atención a ninguna voz ni a ofrecimiento alguno que viniera de extraños o conocidos, pues la furia de Kanaimö podía desatarse en forma de tempestad y tormenta. El piasán dio inicio a sus cantos y no pasó mucho tiempo antes de que aparecieran rondando los imawaritón. La muchacha, al principio, estaba tranquila y callada, convencida de que no debía comunicarse con nadie; además, su abuela la mantenía ocupada con enseñanzas que le serían útiles en el futuro. Sin embargo, durante el tercer día de la celebración, bien avanzada la noche, la joven escuchó unas voces que la llamaban ofreciéndole una bebida preparada a base de auyama. “¡Auyama yeukü!” le cantaban de lejos primero y luego de cerca. Al principio las voces no obtuvieron respuesta, pero siguieron en su empeño, de nuevo lejos y luego más cerca. La muchacha se asustó, se irguió alerta, no estaba segura de querer saber de qué se trataba aquello, pero la curiosidad pudo más: comprobó que su abuela estaba profundamente dormida y, despacio, salió de su resguardo.

Caminó cautelosa en la oscuridad nocturna, la celebración aún continuaba, la luz de las hogueras resplandecía apacible, la muchacha tomó rumbo al río siguiendo el sonido de las voces que la atraían, pensó que se trataba de unos muchachos pemón; uno de ellos, un hermoso kamarakoto, le tendía una camaza de auyama fermentad; aún titubeando, aceptó... Aquel kamarakoto la había hecho hablar.

Los imawaritón armaron un gran alboroto apenas escucharon su voz, la muchacha, asustada, no pudo contener el deseo de los imawaritón, y Kanaimö alzó su furia en contra de todo el pueblo.

Habían logrado sonsacar a la muchacha. Enseguida truenos y centellas hicieron su aparición, una tormenta eléctrica estalló en solo unos minutos, los rayos cruzaban los cielos enfurecidos y un torrencial aguacero comenzó a caer sobre los desprevenidos moradores del valle. Momentos más tarde, vientos huracanados hicieron su entrada intempestiva y luego al marcharse los imawaritón se llevaron las casas, levantándolas enteras y aplastándolas contra las paredes del Auyán Tepü. Los imawaritón, zalameros espíritus habitantes de los tepuyes, habían dejado pegadas las casas de los pemón, contra los rocosos cerros mesa.

De aquel poblado no quedó nada, pero los vestigios se podían ver aún como la silueta que tenía Akurí casi enfrente. . . La silueta perfecta de una casa que se dibujaba sobre la pared del tepui. Akurí la señalaba, podía descubrirse encaramada en la pared color ocre con una puerta oscura y una ventana veteada, el techo casi podía pensarse de palma, alrededor unos arbustos verdes y frondosos; era una casa kamarakoto, no cabía la menor duda. Desde aquellos tiempos de la tempestad tampoco se sabía nada de la bebida de la auyama.

Basado en una leyenda narrada por Alexander Sifontes. El título utilizado es el mismo empleado por monseñor Gutiérrez Salazar, en una versión recogida por él. Kamarata.



Hanneke Bai



# Wadaka piá pö arötöpai akurí

(El Wadaka y el acure)

En el tiempo de los antepasados, cuando todo era humano en la tierra de los pemón, habitaban en la Gran Sabana los hermanos Makunaima, quienes dependían de un gigantesco árbol conocido como Wadaka, este alimentaba a todos los seres que allí moraban produciendo una increíble variedad de frutos: parchitas, piñas, guanábanas, lechosas, melones, naranjas, aguacates, cambures, mereyes, mangos, mandarinas, limones, patillas y cualquier otra fruta imaginable crecía en aquel gigante de brazos extendidos al cielo. Todos los seres que sabían de su localización, incluyendo a Ma'napö



(Semilla de Melón) y su hermano menor Chiké (Nigua), dependían del árbol para su subsistencia. Un día Ma'napö recibió los aguijonazos de unas avispas que habitaban en el árbol, así que se dispuso a cortarlo para destruirles el nido. En vano trató Chiké de prevenirlo para que no lo cortara, pues todos se beneficiaban del Wadaka, además de que al cortarlo se produciría una gran inundación.

Ma'napö no escuchó las advertencias de su hermano y del resto de los habitantes, todos los pemón le pidieron a Ma'napö que lo pensara mejor antes de cortar el gran árbol, pero nada hizo que desistiera. Una mañana llegó con una enorme hacha tratando de herirle la corteza, pero el hachazo resultó infructuoso: el tronco era muy resistente. De manera que Ma'napö decidió hacer un tarén invocando la energía de todos los árboles de madera blanda para poder suavizar la corteza del Wadaka. Uno a uno los iba nombrando y el gigante frutal se iba ablandando. Por fin le propinó varios hachazos hasta romperle un poco la corteza debido al efecto del tarén. Entonces, Chiké hizo un tarén a la inversa

invocando la energía de los árboles de madera dura y uno a uno los fue nombrando, logrando que el Wadaka se endureciera de nuevo.

Mientras tanto, Akurí, el acure, uno de los más interesados en preservar al árbol, trataba de ayudar taponando los cortes del hacha con barro y cáscaras de fruta regadas por el suelo. En aquella diatriba pasaron horas y días hasta que Ma'napö logró derribar al gran árbol de los frutos.

Al caer el Wadaka se había partido en mil pedazos, esparciendo las semillas de los frutos por toda la sabana, llegando incluso hasta los valles de Kamarata; sus raíces ahora sobresalían al aire siendo la mayor, el monte Roraima. El sonido del desastre había retumbado por todas las tierras pemón, cuando a través del agujero dejado en el suelo por las enormes raíces, apareció un gran torrente de agua inundando toda la sabana. Así habían nacido todos los ríos, Kuana, Karrao, Akanán, Kukurital, Chicanán, Araböpó, Yuruaní, Kukenán, Antavarí, Karuai, Urimán y tantos más, para ir a dar al Caroní y después desembocar en el Orinoco.





Akurí, para no ahogarse, se había encerrado dentro de un pedazo de tronco sellado con cera negra que sus hermanas las abejas le habían regalado, tenía suficientes provisiones guardadas dentro de su flotante hogar para sobrevivir durante algún tiempo. Así fue rodando y flotando por los distintos ríos que se iban creando. Un buen día, después de muchos tumbos, sintió que su precaria embarcación se había atascado y rápidamente decidió hacer un agujero en la cera y asomarse para saber qué lo detenía: descubrió que se encontraba en la estrechura de un gran río, era el Caroní, y que había quedado atravesado en aquel estrecho paso. Akurí no lo pensó dos veces y saltó sobre la tierra firme que por fin aparecía bajo sus pies después de tanto navegar. Por aquella razón los pemón siembran sus conucos en las cercanías de los tepuyes, allí son más fértiles las tierras porque están abonadas por el Wadaka Piá Pö, y es Akurí el que le regala su nombre a la gran represa que hoy se extiende a partir de aquel lugar, solo que el hombre criollo que por allí pasó deformó su nombre quedando Guri en lugar de Akurí.

Basado en la leyenda del árbol Wadaka, árbol de todos los frutos, de La Gran Sabana, narrado por Lino Figueroa a la autora.



Hamekewai



# Torón Wakü, o cómo se originó el Gran Salto

**A** sí le había contado el retirado profesor a Tauná un día en que, sentados uno al lado del otro, iban río abajo en la curiara. Contaba que cuando los ancestros respiraban, Parantarai, un joven gallardo y valiente, habitante de las orillas del gran Río Padre, estaba preocupado por la sequía que afectaba las tierras; estaba angustiado por la necesidad de encontrar otras para establecerse con los suyos, pues en donde se encontraban se habían resecado los suelos y la cacería ya no abundaba. La sequía se había hecho presente hacía ya algún tiempo obligando a los habitantes de aquel caserío a consultar con su piasán.

El joven más audaz y sabio, a pesar de su corta experiencia, sería elegido para buscar nuevas tierras. Habían escuchado hablar de remotos lugares donde los cerros eran aplastados en su cima y coronados por nubes, a veces tempestuosas y otras veces resplandecientes; donde los ríos surcaban los valles y las sabanas se estiraban inmensas. Era hacia aquellos lugares que se encaminaría Parantarai, quien había sido el escogido.

El piasán se reunió con él aquella noche y como único acompañante le dio una pequeña taparita llena de agua, pero esta solo debía ser utilizada en un caso extremo, pues tenía propiedades mágicas según cómo y para qué se empleara. Después de la celebración que duró tres días, donde el canto y el baile fueron protagonistas, Parantarai tomó su arco, las flechas, la taparita de agua y su wayare emprendiendo el viaje hacia el sur del gran río.

No pocas aventuras le esperaban, cruzó selvas húmedas, improvisó curiaras con corteza de árbol, cazaba y pescaba solo de vez en cuando, al tiempo que construía un refugio temporal a las orillas de algún río para descansar del largo recorrido. Escuchaba callado los resoplidos nocturnos, alerta de las pisadas que podía sentir sin ver, preguntándose si no sería algún Kanaimö que venía por él. Mas no se dejaba amilanar, seguía con la fija idea de encontrar mejores tierras para sus hermanos.

Un buen día, después de mucho andar, pudo divisar el primer cerro de cima aplanada. Era un día claro, había batallado con los apretados raudales de un fuerte río de aguas oscuras, casi negras, aunque al mismo tiempo eran transparentes; eran ríos que se alimentaban de las chorreras de materia orgánica que escurría de las selvas que rodeaban aquellas fortalezas de granito. Parantarai contemplaba atónito las enormes mesas y decidió subir a una de ellas, él no lo sabía pero era el cerro del sol y de la luna, el Wei Tepü. Para su sorpresa, cuando llegó a la cima de uno de los torreones del cerro, se encontró envuelto en una feroz batalla entre monos araña y araguatos, flechas iban y venían, grandes dardos eran soplados de un lado a otro, piedras eran catapultadas dando en cualquier parte. Parantarai se quedó quieto ante tanto desbarajuste, trató de comprender lo que ocurría, y mientras pensaba en la batalla de los monos un gran pájaro pasó con vuelo rasante siendo alcanzado por una flecha en una de sus alas, la enorme ave trastabilló pesadamente, pero logró salirse del campo de lucha. En medio de los aullidos de los araguatos y chillidos de los monos escapó hacia otro inmenso tepui, buscando refugio. El joven había presenciado el espectáculo y ya de antemano había decidido seguir al pájaro, pudiendo rastrearlo hasta una meseta cercana, más grande que la anterior; allí las enormes paredes parecían brotar de la selva circundante. El guerrero necesitó de toda su audacia para poder acceder al

lugar donde se encontraba el gran pájaro; estaba echado sobre una especie de lecho de roca pulida, de visos verdes y rojizos, era como la piedra del fuego.

Un montón de ramas quebradas estaban esparcidas a su alrededor, era obvio que su aterrizaje había sido duro, mas aún vivía. El guerrero no lo pensó dos veces, tomó entre sus manos la taparita de agua que le había dado el piasán de su pueblo y poco a poco la fue rociando sobre la gran ave herida, esta se recuperó sacudiendo las hermosas alas de color indefinido, su plumaje variaba de tono según la luz del día, era similar a una enorme águila. Por fin, el pájaro se volvió a sacudir, esta vez levantándose y estirando sus alas para volar, las gotas de agua acumuladas en el cuerpo del ave originaron un torrente que luego se precipitó por una de las paredes perpendiculares del cerro y la taparita nunca dejó de hacer agua. Solo en época de sequía bajaba la cantidad del mágico líquido. Aquel era el Körepá Kupá Vená, que había nacido de las gotas de agua de las alas de Torón Wakü, el gran pájaro bueno. Parantarai se fue volando sobre el lomo de la gigantesca ave, reconociendo aquellas tierras y quedando así cautivo en la región.

Basado en una leyenda narrada a la autora por Lino Figueroa. Kamarata.

# Pawik Potorí, el Padre de los Paujies y la Cruz del Sur

**E**n el tiempo de los ancestros cuando todo era humano, Pawik Potorí, el Padre de los Paujies, estaba sentado en una gigantesca peonía, esa que echa unas semillas roji-negras y que sirven para hacer collares y adornos, una planta de altísima copa. Al mismo tiempo Kamaiwa', la gran avispa negra, trataba de cazarlo con su cerbatana, pero sus flechas no alcanzaban al paují porque él estaba demasiado alto. Kamaiwa' por fin desistió de su intención.

Ya de regreso en casa le contó a su cuñado, otro piasán pemón, lo sucedido. Al día siguiente ambos salieron a tratar de cazarlo. El piasán consiguió al Padre de los Paujies cantando en una de las ramas más altas de un inmenso laurel y viendo que efectivamente estaba muy alto decidió convertirse en Irük, la hormiga veinticuatro. Subió sigilosamente por el tronco del árbol pero el paují se dio cuenta y lo sopló fuertemente mientras cantaba. Irük fue sacudido por un fuerte ventarrón y cayó al suelo, siendo de nuevo el piasán. Luego, molesto, se convirtió en Opará, una hormiga grisácea más pequeña y astuta; pero al igual que Irük fue descubierta y soplada con fuerza cayendo al suelo por segunda vez. Caía la noche y el piasán junto a Kamaiwa' regresaron a la casa fastidiados pues no podían hacer más nada ese día. El paují seguía cantando.

A la mañana siguiente volvieron a buscar al paují, encontrándolo aún en un gran laurel. El piasán decidió convertirse en Me'k, la candelita, una hormiguita de picada ardiente como el fuego, más diminuta que Opará, pensando que así no sería descubierto. Al fin consiguió treparse por las patas del paují y subir por su pecho sin caerse, aun cuando el gran pájaro estornudaba y cantaba dando

grandes sacudidas; se le metió por las fosas nasales y muy fastidiado el pauji levantó el vuelo muy alto, estornudando al mismo tiempo, logrando que Me'k saliera fuera, solo que esta vez el piasán quedó convertido en hormiguita, quedando prendido del pauji en lo alto del firmamento.

El Pawik Potorí, el Padre de todos los Paujies, voló tan alto que llegó al cielo y allá se convirtió en la Cruz del Sur, mientras que Kamaiwa' que aún insistía en flecharlo con su cerbatana, quedó convertido en Alfa Centauro. Luego llegó Kunawá, la enredadera, con una antorcha en la mano para alumbrar el camino de Kamaiwa' y, quedando entre ambos, se convirtió en Beta Centauro.

Basado en una leyenda recogida por el etnógrafo alemán Theodore Koch Grunberg. Gran Sabana.



Hinnehewai

# Báquiroy que era venado



**E**n tiempos cuando llegaron los primeros misioneros a aquellas remotas tierras, un taurepán de la sabana, llamado Antonio, decidió irse a vivir del lado guyanés pues había conocido a su amada que era de aquellos parajes. Ambos hicieron el recorrido durante varios días. Una vez allí construyeron su nueva casa cercana a la de la familia de la muchacha y Antonio poco a poco se adaptó a sus costumbres.

Un día le ocurrió un hecho significativo y extraño: camino al río se consiguió con un misionero quien rápidamente lo bautizó a su manera, llevando a Antonio a orillas de un riachuelo cercano y sumergiéndolo le dijo: “¡Desde ahora no serás más Antonio, sino que serás Miguel!”. Desde entonces quedó con ese nombre y así lo llamaban todos sus compañeros.

Una mañana, Miguel se fue de cacería, selva adentro, y durante varios días buscó algún venado, pavas de monte, paujiles o lapas, pero no tuvo suerte, no consiguió nada. Pensativo y sumamente preocupado, pues debía alimentar a su familia, se dispuso a regresar siempre atento a algún rastro animal. Después de andar un largo rato, de pronto, escuchó unos gruñidos, más bien ronquidos, provenientes de una manada de báquiros que andaba por ahí, revolcándose en un charco de lodo y hojas dejadas por la lluvia de la noche anterior. Miguel montó su arco de araguaney y, apuntando con la flecha a uno de los animales que se encontraba un poco más separado de la manada, lo alcanzó limpiamente con puntería certera, los demás huyeron y Miguel se encaminó a recoger su presa y de inmediato fue hasta el riachuelo más cercano, sumergiendo a la presa en el agua, lavándola. Pensaba asarla antes de llevarla a su casa aunque ya se encontraba cerca del poblado donde vivía. Se apresuró en construir una

choza para refugiarse y tasjear al animal cazado, una vez listo preparó la candela y lo puso a asar en trozos, tomando un pedazo para mitigar el hambre de varios días de caza difícil.

En eso apareció el misionero que lo había bautizado unos años atrás y al ver lo que se disponía a comer Miguel, le dijo: “¡Eso es báquiro!, ¿por qué cazaste váquiro?, ¡eso está prohibido!, ¡no debes comer de esa carne!”. Miguel, sin inmutarse, le contestó: “¡Esto no es báquiro, es venado! Cuando me llevaste al río y me zambulliste en sus aguas, dijiste: ‘¡Ahora tú no eres Antonio, eres Miguel!’. Pues yo hice lo mismo con el báquiro, lo llevé al río y le dije: ‘¡Ahora tú no eres váquiro, eres venado!’; lo bauticé venado y ahora me lo estoy comiendo”.

Basado en una narración que le hiciera a la autora el guía pemón Taurepán, Miguel, nacido en Guyana y de la versión del mismo cuento recogida por fray Cesáreo de Armellada. Gran Sabana.





# Nariz de Agua

**T**aunarimá trajo de nuevo las imágenes a sus ojos, recuerdos del incidente que hacía no tanto tiempo había ocurrido en uno de los ríos de la selva guayanesa, tocándole esta vez, bastante de cerca. Los rostros de sus amigos ocuparon su cabeza de modo reiterativo mientras se mecía en el kamí, un chinchorro de algodón crudo en el que evocaba las imágenes, las emociones aún se le revolían de cuando en cuando, enardeciéndole la sangre.

El río había estado encrespado y picado a la altura de los rápidos de Mayupa. Los yesé, observaban con preocupado silencio las ariscas aguas del Karrao; debían regresar aquel mismo día al valle de Kamarata, de donde hacía más de cuatro días que habían partido, rodeando el Auyán Tepü y remontando el río Churún para visitar el Körepá Kupá Vená con un grupo de karán.

Regresaban de Kanaimö después de una travesía sin mayores inconvenientes, era un recorrido que conocían y respetaban desde siempre, vivían con los ríos, en los ríos, de los ríos y sobre los ríos. En



aquella oportunidad habían recibido buena propina y mil abrazos mezclados con sonrisas de agradecimiento, luego de dejar los karán en Puerto Ukaima. Allí finalizaba el recorrido con ellos, en ese punto, el Karrao vertía sus cinco chorreras convertidas en saltos, en una especie de laguna que se formaba sin cerrarse completamente; no era posible continuar en las curiaras, debían seguir a pie hasta Kanaimö. Los yesé habían trabajado aquellos días por el río con el grupo de visitantes, enseñándoles los secretos del mundo de los tepuyes.

En aquel mismo viaje Taunarimá, como habitualmente hacía, había bajado por los raudales de Mayupa en una de las dos curiaras junto con sus amigos para sentir la fuerza del agua sacudir su alma, de modo que supo exactamente las condiciones de aquel Karrao impertinente, justo antes del incidente. Días después, estando ya en la ciudad, se enteró que una de las curiaras se había trabucado en el viaje de regreso. Afortunadamente, ninguno de sus amigos había quedado en los brazos de Rató, nadie había sufrido daño alguno. Además de bregar con la sorpresa y el susto, se encontraban bien, se habían atragantado con aquel té vegetal y espumoso que era el Karrao, pero a Rató pudieron



esquivarlo, el Padre de todas la Aguas esta vez los dejó libres, saliendo con bien de aquel mojado asunto. Quizás el cansancio, el reflejo del sol sobre las aguas y lo encabritado del río lograron engañar a Kakó Wakü, el capitán de Nariz de Agua, quedándose repentinamente sin control la curiara, metiéndose de proa en una ola y desviándose para quedar de lado en medio de la turbulencia de las aguas, con la desafortunada consecuencia de la trabucada. Nariz de Agua fue arrastrada río abajo por las olas y los remolinos junto con sus tres ocupantes, los enseres que llevaba, el combustible y el motor.

Para Katurui' Roriwá había sido difícil sortear los mayupa cuando bajaban con Taunarimá y el grupo días antes. Mientras los karán caminaban por la sabana que iba paralela al río, Katurui' dudó unos segundos en dejar a Taunarimá ir río abajo con ellos por aquellos raudales, sabía que las aguas en ese momento eran peligrosas. Pero, por otra parte, se conocían demasiado bien y el respeto que se tenían venía de tan atrás que no tuvo voluntad para dejarla sin saciar el ansia de la aventura; comprendía perfectamente su emoción por sentir la curiara guiada por él sobre la superficie de las aguas belicosas.



Con el rostro inmutable, como si fuera de jaspe bruñido, Katurui' soltó un gesto afirmativo y casi imperceptible. Taunarimá entendió que debía sentarse a la mitad de la embarcación y colocarse uno de los salvavidas sin chistar si quería ir a bordo, ajustándolo al máximo para que no se le saliera por encima de la cabeza si algo llegara a ocurrir entre las mañosas aguas. El proero, Kai-kai, entrelazó todos los demás salvavidas que iban a bordo y los lanzó frente a ella sobre el asiento. Taunarimá aprovechó para pasar una de sus piernas por la maraña anaranjada de flotantes chalecos.

La curiara atravesó el primer raudal sin mucha dificultad. Aunque el tamaño de las olas la impresionó sobremanera, no recordaba haberlas visto tan salvajes. Segundos después un gran saliente rocoso obligaba a las aguas a girar enloquecidas formando un remolino en el que no querían caer, anunciando la entrada al siguiente paso. Katurui' Roriwá apretó el puño alrededor del acelerador del motor fijando la atención en cada ola, en cada torbellino, en cada viraje que debía realizar para no estrellarse contra una de las filosas rocas que estaban muy cercanas a la superficie, pero que se ocultaban a cada instante por el embate de las aguas. En aquellos momentos la embarcación parecía una simple

corteza de árbol levantada por la fuerza de cada ola, sacudiéndose cada vez que golpeaba sobre aquellas alocadas aguas. La proa se alzaba por los aires a causa de la velocidad imprimida al motor que, de llegar a apagarse, sería la conclusión de aquel recorrido.

Taunarimá podía sentir cómo la adrenalina le surcaba el torrente sanguíneo golpeándole la sien. Casi de manera continua habían pasado al tercer y último tramo. Las olas furiosas empapaban los tablones que servían de asiento. El ruido del motor y el aletear constante del plástico negro que cubría la carga, cortaban el rugido de las aguas; Kai-kai observaba preocupado el río. Por fin habían llegado al remanso de siempre logrando sortear la dificultad de los raudales, una vez más habían pasado sin mayores problemas.

Taunarimá y Katurui' habían aprovechado el remanso para volver sus rostros tratando de descubrir a Nariz de Agua a la vuelta del recodo, calculando que venía bastante más arriba pues aún no se asomaba. Aquella curiarita era más pequeña que la que conducía Katurui', a pesar de ello, no medía menos de nueve o diez metros de eslora, haciéndola más liviana y rápida, pero a la vez más celosa

debido a que era de fondo menos achatado. Su proa era recta en comparación con las de las demás curiaras y con respecto al resto de su diseño, por ello era más probable que las olas de agua le pasaran por encima inundándola fácilmente; su proa no se levantaba como la de las curiaras más grandes, de allí que el nieto de Katurui', en uno de sus viajes le diera el nombre de Nariz de Agua.

Habían llegado a la playa de Mayupa. Mientras esperaban a Kakó Wakü, había aparecido sonriente uno de los tantos cuñados de Katurui', Chau-kuik. Después de un saludo bien cálido les había contado cómo hacía solo dos días atrás se había trabucado una curiara que subía desde Kanaimö por aquellos rápidos; un escalofrío les recorrió la espalda. Diez minutos después divisaron la curiara de Kakó Wakü asomándose por el recodo, prácticamente había llegado a buen resguardo, bastante mojado pero sin contratiempos; Katurui' y Taunarimá respiraron aliviados.

Había sido durante el regreso de aquel viaje que se les había trocado la suerte, como si el cuento de Chau-kuik hubiera sido un presagio o un aviso, los rápidos de Mayupa también quisieron tragárselos, más no pudieron. . .



Taunarimá aún se mecía suave en su kamí de un lado a otro, reflexionando y recordando el modo poco sutil como se había enterado, una semana después, de aquel naufragio. Un personaje harto petulante, con aires de lord inglés y bigotes escurridos a la vieja usanza del típico explorador colonialista, le había contado con deshumanizado desparpajo lo de aquel desafortunado episodio, como si se tratara de una broma de mal gusto. Taunarimá trató de borrar de su mente aquel amargo incidente, la angustia por sus amigos le apretaba el estómago y le tensaba la mandíbula instantáneamente sin poder evitarlo.

Semanas después pudo volver al valle de Kamarata, aún con el nervio de conocer lo que realmente le había ocurrido a sus amigos. Regresó junto con Katurui' Roriwá y esta vez con Chau-kuik a los rápidos de Mayupa, bajando de nuevo por aquellos mañosos raudales. En esa oportunidad las olas aún estaban más arremolinadas, como si Rató estuviera enfurecido, al reconocer aquel regreso como afrenta. Sin embargo, aquellos raudales ejercían una atracción alucinante sobre Taunarimá y sus compañeros: los veía como monstruos espumosos que se erigían cual colosales majestades acuíferas, sintiéndolos poderosos, como si le jurungaran las entrañas.

Al juntarse todas las aguas que brotaban de las cimas de los tepuyes una fuerza extrema se desarrollaba, haciendo que las curiaras y sus tripulantes fueran insignificantes. Al atravesar, por fin, los tres tramos y llegar a la playa, pudieron divisar a Nariz de Agua tendida sobre la arena rosada: aquella imagen había logrado que a Taunarimá se le estremeciera el alma. Milagrosamente aquel cascarón había sobrevivido al embate del Karrao, a los atropellos de las filosas rocas y al endemoniado Rató. Taunarimá caminó a lo largo de la curiara pasándole la mano al casco, había perdido el borde que lo realzaba, había sido tallado del tronco de un inmenso laurel hacía menos de un año. Estaba lleno de lluvia, Katurui' Roriwá le alcanzó un envase plástico cortado a la mitad para que lo ayudara a achicar el agua del fondo de la embarcación, mientras tanto, comentaban el desatino y el desparpajo de aquel insulso lord inglés.

Katurui', ante el pensamiento injusto del infame personaje, se había limitado a reflexionar sencillamente sobre aquel ser que parecía no tener ningún respeto, no tener la menor idea de cómo se hacía un



proero, de cómo se leía el río, de qué cosas podían ser modificadas por el simple aletear de una mariposa, de cómo nacía un motorista, de cómo se vivía en armonía con la naturaleza que a veces era impredecible, pues ante cualquier descuido podía cambiarle la vida a cualquiera.

Parantarai, un muchacho que vivía al final de la sabana de Mayupa, sobre la barranca que daba a la playa, había llegado animado con una camaza de kachirí en las manos invitándolos a compartirla; en aquellas antiguas tierras era costumbre darle la bienvenida al que llegara desde cualquier lugar por remoto que este fuera.

Taunarimá continuaba meciéndose suavemente en su kamí, trayendo el episodio a sus ojos una y otra vez. Había decidido escribir la historia sentada en el chinchorro de algodón crudo, algodón de los conucos del valle de Kamarata, algodón tejido por manos kamarakoto.

De autoría propia. Kamarata.



# **Wei arötöpai Tönkarón**

## **(El Sol y la Hija de las Aguas)**

Sentados a la orilla del Karrao, frente al Wei Tepü, caía el atardecer, nos dedicábamos a limpiar unos pollos y a fregar unos platos para la cena de los karán. Uno de los capitanes de las curiaras señaló una gran roca casi rectangular, su centro parecía una delgada cintura. Nadie podía pararse sobre ella pues el que lo hacía se caía, era muy resbalosa y se balanceaba inquieta como si tuviera vida propia. El Capitán contó que aquella piedra era Tönkarón.

Hace muchísimo tiempo, en la época de los abuelos, cuando todo lo nombrable era humano y Wei era un pemón que, además de preparar la tierra para hacer un conuco y sembrar yuca, se dedicaba a navegar en su curiara en el gran mar de arriba, de un ka'piá a otro, de un horizonte a otro.



Wei, solo se alimentaba de yuca, su piel era sumamente brillante y pulida. Un día, al terminar su trabajo, fue a echarse un baño al río y sintió un chapoteo, no logró distinguir de qué se trataba pero quedó picado por la curiosidad y quería saber qué era o de dónde provenía el ruido. Al día siguiente, regresó a bañarse al río y pudo ver a una mujer muy pequeña, con el cabello muy largo, su cuerpo estaba prácticamente cubierto por su azulada cabellera. Cuando Wei la vio Tönkarón se sumergió tan rápido como pudo en las profundidades del agua para no ser descubierta: era la hija de Rató, aquel ser fabuloso y dueño de los ríos, lagunas, quebradas y pozos. Al tercer día, Wei llegó calladito a las orillas del río y pudo atraparla por sus cabellos, enredándosele del brazo como un tirabuzón. Tönkarón intentó escabullirse pero mientras más forcejeaba, más se le enredaba el cabello con el Sol. Este la sujetó y le preguntó quién era, a lo que ella respondió que era una de las hijas de Rató, el cuidador de las aguas. Wei quiso que Tönkarón se quedara a vivir con él, pero ella le dijo que eso no era posible porque vivía



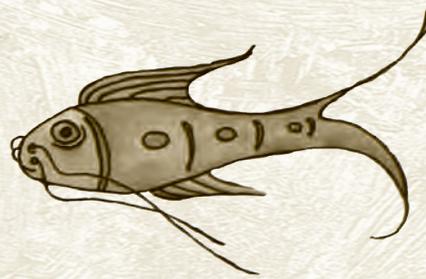
entre las aguas y, además, Wei era morador de la tierra y de los cielos, pero si la soltaba, le conseguiría una mujer que lo quisiera y compartiera su vida con él. Wei confió en Tönkarón soltándola, y al día siguiente llegó a su morada una muchacha muy blanca, era la enviada de Tönkarón. Pasaron el día y por la tarde Wei le pidió que fuera a buscar agua al río, pero cuando sumergió la totuma en el agua, se le mojaron las puntas de los dedos de las manos y luego los pies; poco a poco, la muchacha se fue deshaciendo, era Tawá. Y estaba hecha de caolín, de arcilla blanca. Wei, intrigado por la tardanza de la muchacha, fue a buscarla, pero lo único que consiguió fue el agua turbia y blanquecina del pozo, era el rastro dejado por ella.

Wei llamó a Tönkarón explicándole lo sucedido, así que al regresar del conuco aquella tarde, consiguió a una segunda muchacha ordenando su casa, esta vez era negra y muy flexible, pasaron el día en el río y, para alegría de Wei, trajo agua del pozo en la totuma sin ningún problema. Por la



tarde salieron a quemar unos montes secos por los alrededores, la muchacha buscó unas brasas para prender el fuego pero al pegarle el calor en el rostro comenzó a derretirse, era Morompö, y había sido hecha de cera negra de abejas, solo quedó un charco derretido a los pies de Wei, quien llamó furioso a Tönkarón y le dijo que iba a secar los ríos, los pozos y las quebradas; pero ella le prometió que no volvería a ocurrir nada semejante y que el próximo día tendría a la mujer que deseaba.

Al amanecer siguiente apareció la tercera muchacha, esta vez era roja, de piel cobriza, muy brillante y lisa, igual que las piedras que había en el fondo de los ríos de la Gran Sabana. Llegó con una ollita de arcilla en las manos. Le habló a Wei, pero él aún estaba disgustado por lo que le había sucedido con las otras dos mujeres, hasta que le dijo que si no le hablaba se iría de vuelta a casa de Tönkarón; entonces le habló y le encomendó las tareas de buscar agua y quemar el monte. Poco a poco a Wei se le fue quitando el enojo, la muchacha cocinó la yuca y preparó kachirí, también la ralló e hizo casabe. Al caer la tarde le dijo a Wei que regresaría al día siguiente muy temprano. Y así fue. Continuaron viéndose



todos los días hasta que Wei le pidió que se fuera a vivir con él, ella aceptó pero no sin antes ir a casa de Tönkarón a contárselo. Al día siguiente se fueron temprano al río y se bañaron en las aguas transparentes, Wei vio cómo le brillaba la piel a la muchacha, quedando prendado de ella, y abrazándola sintió su piel tan lisa como la piedra de los ríos, era Kakó, y estaba hecha de jaspe, de roroimita.

Desde entonces vivieron juntos y tuvieron varios hijos, algunos dicen que cuatro, los hermanos Makunaima, unos seres encargados de sembrar la envidia entre los pemón y al mismo tiempo protagonistas y héroes de su historia.

Basado en una narración hecha por Balbino Sifontes a la autora, sobre una parte del origen de la historia pemón.



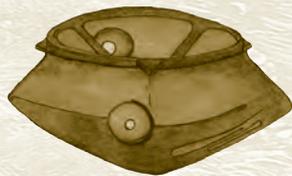
Hamekawai

# Mörökaweré



**A**lba y Mauricio llevaban más de un mes en aquel valle enmarcado entre tepuyes. Vasto y silencioso se estiraba telúrico hacia el sur del Auyán Tepui, que era una de las formaciones graníticas más antiguas del mundo. Rodeado por el Aichá, por el Tumún, el Sé Tepui y más allá el Amarwai, el Mörüchipán y el Aparamán; regado por los ríos Aichá, Yuruán, Akanán, Kuana y tantos otros rabinos y riachuelos alimentados por las lluvias que caían en las cimas de los cerros.

No se escuchaba ni una voz en el pueblo, todos se habían ido. Los niños, mujeres, muchachos, padres y madres, familias completas con sus perros iban a congregarse a orillas del río, hablando y riendo bajito para embarcarse en las curiaras y buscar el lugar preciso para la gran pesca. Alba y Mauricio también se habían unido a la fiesta de los peces que se llevaría a cabo en esa época del año. Wei no salía de su sueño todavía, así que prepararon unas antorchas para alumbrar el húmedo camino de grama



alta color esmeralda. No había pasado mucho rato cuando los kai-kai comenzaron con su perorata alborotadora anunciando el día.

Después de un buen rato de caminata llegaron al puerto sobre el Akanán, una especie de cobertizo de palos resguardaba el combustible para los que tuvieran algún motor fuera de borda y los canaletes. Alba y Mauricio se embarcaron en una curiarita de dimensiones moderadas junto con sus amigos Pitiwa, Akurí, Poika, Tatarikasén, Tamökán y Paabai, el abuelo, dirigiéndose al sitio que consideraban bueno. Habían escogido un lugar de la sabana inundado por un río más pequeño. Al llegar prepararon un tapón escondiendo las nasas. Luego se dedicaron a emborrachar a los peces echándole barbasco al agua. Alba y Mauricio habían visto antes el procedimiento, aunque nunca habían pescado con aquel bejuco que después de aplastado a palazos manaba un líquido lechoso que enturbiaba el agua del remanso inundado. Al poco rato Poika y Tatarikasén, que eran los más pequeños, fueron a recoger los peces que boqueaban en la superficie del agua. Se ocupaban de sacar los peces medianos y pequeños, luego se les unió Pitiwa sacando los de mayor tamaño. Tamökán, Akurí y Paabai, el abuelo, tomaron



sus cañas y flechas bajando un poco más hasta un lugar rocoso del río. Allí esperaron silenciosos, inmutables. Alba pensó que el trío parecía de piedra, ella y Mauricio los habían acompañado con la condición de no abrir la boca bajo ningún pretexto, solo el raudal dejaba escuchar su cantar entre las rocas y lajas que se asomaban. Entonces apareció el lomo de un gran pez. Tamökán montó su flecha y segundos después parecía haberle dado al enorme animal, era un gigantesco aimará, pero al jalar su flecha descubrió que no había nada ensartado en ella. Tamökán se sentó al lado de sus amigos, decepcionado. Paabai, el abuelo, reanimó a todos con la historia de Mörökaweré.

El anciano Mörökaweré vivió en el tiempo de los ancestros, era un poderoso piasán que, para atraer a los peces, decidió invitarlos a todos una gran ceremonia mágica que se llevaría a cabo durante la noche. Después de la celebración, al día siguiente, invitó a todos los habitantes del pueblo a ir a la pesca, pero el viejo piasán no pensaba ir, se quedaría recostado en su kamí dormitando, o por lo menos eso le había explicado a su mujer cuando ella le preguntó por qué no iba él también.

Aquella reunión de peces, sin embargo, no se daba en cualquier riachuelo o rabín. Después de preparar el barbasco se encaminaron hacia el Ataperé. Las muchachas fueron enviadas a remover el barro para saber en qué sentido correría la sustancia blanquecina. No esperaron demasiado para que los peces comenzaran a salir en una especie de danza borracha. Los más grandes eran esperados más abajo por los hombres y muchachos. La esposa de Mörökawéré regresó a su casa en su busca; ansiosa ante tanto pescado había hecho caso omiso de la advertencia hecha por él de no molestarlo mientras dormía. Le decía que no fuera flojo y que la ayudara a sacar los peces del Ataperé, al tiempo que le zarrandeaba su kamí.

Mörökawéré, en realidad no dormía, estaba en trance y viajaba al mundo de los piá dueños de los peces, haciendo que estos se juntaran todos en las cabeceras del Ataperé. El piásán se incorporó confundido, sin saber lo que había ocurrido. Como embriagado se encaminó hacia el pequeño río y al llegar a la orilla sin mediar palabras con nadie se zambulló en sus aguas nadando como un gran pez. Los demás peces, que habían sido recogidos, revivieron; saltaron de los canastos y escaparon de los muroi siguiendo a Mörökawéré quien, para entonces, se había convertido en un enorme aimará. Continuaron

nadando hasta el Karrao y el Caroní. Mörökaweré buscaba un refugio para vivir tranquilo, y después de mucho nadar río arriba encontró un hermoso pozo en el que se quedó hasta los días de hoy.

Tamökán y Akurí se animaron y reiniciaron la pesca, esta vez con mejor suerte; de regreso al lado inundado, los niños y las muchachas habían sacado una buena cantidad también. Prepararon la vuelta a Kamarata. Una vez en el puerto desembarcaron. Los perros iban contentos meneando sus rabos, sabían que también ellos recibirían una parte de lo pescado. Un hombre se les cruzó en el camino y les preguntó si había habido mucha pesca, a lo que Paabai respondió que no tanta. Alba y Mauricio se miraron con sorpresa pues ellos habían visto la cantidad de peces sacados del agua. Akurí les explicó que era muestra de sabiduría no dar una respuesta afirmativa en relación a la pesca o la caza, había que mantenerse humildes en el resultado, pues en algún momento se podía fallar.

Basado en la leyenda de Mörökaweré narrada por Lino Figueroa. Kamarata.



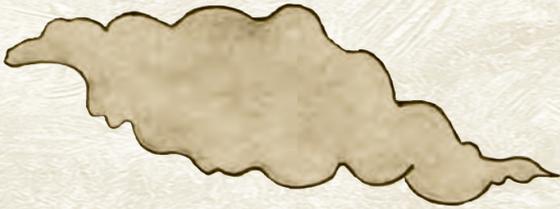


# Apoik Piá, el Dueño del Fuego



**E**n los tiempos cuando todos los animales eran humanos, andaba por ahí Kaikusé, el jaguar, buscando algo que comer. En eso pasó el wayare de un yesé, y Kaikusé, aunque curioso, ante la situación de ver andar aquel wayare solo, se dispuso a atacarlo.

Resultó que era un yesé invisible y por eso, solamente se le veía la carga que llevaba a cuestas. Entonces, cuando Kaikusé estuvo armado para abalanzarse sobre su presa, el yesé pemón, que se había dado cuenta de las intenciones del jaguar, le preguntó: “¿Qué haces allí escondido, Kaikusé, agachado como listo a saltar?”. El jaguar sorprendido y asustado, le respondió titubeando al indio: “¡Andö... nada, nadita! ¡Estoy descansando aquí en el monte!”. El pemón, entre divertido y apenado por Kaikusé, decidió compartir con él un pedazo de pierna ahumada de un waremé, un gran oso



hormiguero, y que llevaba consigo para la larga travesía que estaba haciendo, pues iba a visitar a unos familiares que vivían bastante lejos de aquel valle.

“¡Toma y come tranquilo!”, le dijo el yesé a Kaikusé, pero este, no se conformó con lo que consideró muy poco para su gran tamaño y quiso saltarle encima al yesé caminante. “¿Qué pasó, Kaikusé, no comiste suficiente?”, ante la insistencia del jaguar, el invisible yesé le entregó otra pierna del waremé, disponiéndose a proseguir su ruta. Sin embargo, Kaikusé seguía en su empeño de comerse todo lo que aquel pemón llevaba en su wayare y a quien aún le faltaba bastante por recorrer, antes de llegar a donde vivían sus hermanos. “¿Por qué me sigues?”, le preguntó fastidiado el yesé invisible a Kaikusé. “¡Porque tú eres débil!”, le respondió malicioso el jaguar.



El yesé ya estaba más que cansado de las impertinencias de Kaikusé, de manera que cuando este le propuso que hicieran una competencia y el que ganara se quedaba con toda la cacería del wayare, aun siendo suya, el invisible indio accedió en complacer al jaguar.

Kaikusé, entonces, le dedicó al yesé un gran rugido, se estiró alzándose sobre sus patas traseras, dándole zarpazos al aire y luego a karamakuá yek, un árbol frondoso de buena madera que tenía cercano. “¿Ves lo que soy capaz de hacer? ¡Soy más fuerte de lo que tú crees!” , le dijo.

El yesé continuó su camino, inmutable, mientras el jaguar lo seguía rugiéndole muy cerquita. A un costado del sendero por el que andaban se erigía una inmensa mole granítica, y Kaikusé de un salto quedó instalado sobre la gran roca, diciéndole con tono zalamero, al paciente pemón: “¿Ves todo lo que

puedo hacer?, ¿ves qué tan alto soy capaz de llegar?”. El invisible yesé sonrió silencioso y continuó su camino. Otro karamakuá yek apareció en el recodo del sendero que doblaba hacia la selva más espesa. Kaikusé se encaramó muy arriba hasta su copa y desde allí le gritó con un rugido al yesé: “¿Y ahora? ¿Qué vas a hacer? ¡Te gané el wayare con la cacería yesé, debes entregármelo!”.

De pronto, el invisible personaje dejó a un lado su wayare colocándolo en el suelo, por primera vez aquel morral tejido con tirite se quedaba quieto, como si también observara. El pemón, que aún no se distinguía, repentinamente lanzó dos lenguas de fuego al karamakuá yek, subiendo estas rápidamente hasta donde Kaikusé se encontraba, de un solo salto el jaguar asustado y confundido llegó al suelo. El invisible yesé continuó con su arenga escupiendo una lanza de llamas que fue a estrellarse justamente a los pies de Kaikusé, quemándole casi los bigotes. Luego, el yesé golpeó la tierra con un leño que le servía de bastón, ocasionando que un trueno retumbara en las cercanías, y el aguacero apareció raudo apagando las llamas que ya casi arropaban al karamakuá yek que no tenía culpa de las burlas y malas mañas de Kaikusé.

El jaguar para entonces estaba completamente atontado y muerto de miedo, mirando incrédulo al que, ahora comprendía, era el Dueño del Fuego.

“¡Eres el fuego en persona! ¡Al principio no te podía ver! ¡Debe ser por tu condición de tizón que no te veía! No debí molestarte, Apoik Piá, ni retarte ni creerme mejor que tú ni que nadie. No debemos creer que somos mejores que los demás, aunque no podamos ver quiénes son ni cómo son; si lo hacemos, podemos llevarnos un buen disgusto o una ingrata sorpresa, siempre debemos respetar al otro”, reflexionó Kaikusé, alisándose los bigotes.

El Dueño del Fuego, Apoik Piá, se montó el wayare a la espalda nuevamente, compartiendo una vez más lo que llevaba con el jaguar y antes de continuar su camino le dijo a Kaikusé: “¡Es por esa razón que nuestro elemento es el fuego, nuestro espíritu es de fuego, yo soy de fuego; nuestra carne es de kakó, el jaspe; que es la piedra del fuego y con ella es que hacemos candela! ¡Somos descendientes de Wei y de kako, somos hijos del Sol y de jaspe!”.

Cuento relatado por Karaiba a la autora, Kobipa, Kamarata.





# To' poik, el búho

Caminábamos desde Kobipa a San José de Akanán, por el gran valle de Kamarata. Nos acompañaba un karaiba y mientras andábamos de pueblo en pueblo brindando con kachirí y cantando, nos contó la historia de To'poik. Ocurrió al entrar a un angosto sendero y escuchar su ulular, hicimos silencio ante una señal del karaiba, entonces inició su narración.

Muchas lunas atrás, en el tiempo de nuestros ancestros, vivía en el valle un yesé muy, muy feo. Según los sabios, se llamaba To'poik. Sus ojos eran demasiado grandes para el rostro y su nariz era ganchuda y más bien pequeña. Su mirada se desprendía de un par de pupilas siempre tan dilatadas que inspiraban cierto miedo a los que hablaban con él o se detenían a observarlo con curiosidad.

Un día en que los habitantes del poblado se preparaban para la celebración del parichara y darle así la bienvenida a los cazadores que regresaban tras varias semanas fuera, luego de andar por la selva en busca de presas, invitaron también a To'poik. Todos acudieron elegantemente ataviados con sus plumas y collares, faldas de palma y coronas, zarcillos y brazaletes; los danzantes bailaban

en círculo haciendo resonar los wöronká y los keweí; las faldas, a rastras, sonaban contra el piso de tierra al compás de sus pies. To'poik también llegó luciendo sus mejores plumas, aunque eran de tonos marrones, no tan vistosas como las de los demás. Las muchachas más jóvenes brindaban el kachirí en una enorme totuma que llenaban en una vieja curiara destinada a servir de batea para la fermentada bebida de yuca. Hermosas y alegres, iban repartiéndoles a todos, pero a To'poik no lo tomaban en cuenta y no le brindaban kachirí. Mientras ya la noche transcurría, todos bailaban y cantaban.

De pronto, To'poik decidió desaparecer, escondiéndose detrás de una de las tukuchipán más retiradas del poblado; respiró profundamente, relajándose y quedándose tranquilo a pesar del rechazo recién recibido. Poco a poco, ganó la concentración que buscaba y se sumergió en su propio tarén protegiéndose.

Después de un buen rato To'poik regresó a la fiesta, reapareciendo con un samburá colgado al hombro y con voz profunda entonó un canto enamorando, esta vez a las muchachas. La que había considerado la más bonita se le acercó sonriente, pero To'poik la rechazó y se dedicó a cantar y a bailar con las demás, llegando incluso a despertar la envidia entre algunos de sus compañeros. Así pasó la noche, y el día siguiente con su noche y luego el tercer día, también con su noche, entonces al amanecer

se fue sin decir nada, dejando a las muchachas entristecidas y desanimadas, ni siquiera tenían ganas de comer la carne recién cazada de danto, venado y báquiro.

Entonces repentinamente, todas las muchachas se fueron tras el rastro de To'poik, dejando al pueblo sin sus risas y sin su presencia. De tanto burlarse de To'poik, por feo, los jóvenes se quedaron solos, sin ellas.

Desde entonces, To'poik vuela por la selva ululando en la oscuridad, cantando y atrayendo a los torón ataviados con su plumaje más colorido, haciendo que estos, fascinados, se le acerquen, emboscando al más bonito de todos, al de plumaje más crepuscular.

Así terminó su historia el karaiba, mientras salíamos del sendero frondoso y nos preparábamos a cruzar un riachuelo que separaba la selva de la sabana que conducía a San José de Akanán.

Narrado a la autora por un karaiba, de Kobipa, valle de Kamarata, también recogido por fray Cesáreo de Armellada.



# Glosario

**Aichá:** Uno de los cerros que encierra el valle de Kamarata en dirección oeste, hacia Urimán.

**Aichá Vená:** Cascada de gran tamaño ubicada en el cerro del mismo nombre.

**Aimará:** Pez de gran tamaño, muy apreciado por los pemón y por los criollos. Conocido también como trahirá, o macrodón trahirá. Habita los ríos más grandes de la región.

**Airö:** Forma usada a manera de despedida: vamos, vámonos.

**Akanán:** Río que atraviesa el valle de Kamarata hasta confluir con el Karrao de mayor tamaño.

**Andö:** Nada. No hay.

**Antawarí:** Río que sirve de límite hacia el norte del Parque Nacional Canaima.

**Aparamán:** Uno de los tepuyes de la serranía que se extiende en dirección este, desde el valle de Kamarata hacia Lema. Conocido por los criollos como uno de los “testigos” o “capitolios”.

**\*Aparuchí:** Hermana menor, prima.

**Apoik:** Fuego, candela.

**Ariwaipa:** Pequeño poblado al otro lado de la pista de aterrizaje en Kamarata.

**Araböpó:** Naciente en la cima del monte Roraima, del río Caroní.

**Areruya:** Ceremonia religiosa difundida en algunas comunidades pemón. Sincretismo cuyo origen se encuentra en Guyana.

**Arötöpai:** Conjunción y.

**Ataperé:** Riachuelo en las cercanías de Kamarata.

**Audán:** Auyán.

**Auyán Tepü:** Es el mayor tepui, es decir, meseta, del Escudo Guayanés, ocupando unos 700 km<sup>2</sup> de superficie.

**Bokiní:** Pez relativamente pequeño, de muchas espinas y muy común en la zona.

**Camaza:** Tapara o totuma cortada a la mitad.

**Caroní:** Río de gran caudal que forma la represa del Gurí. El complejo hidroeléctrico que allí se ubica genera 70% de la energía que utiliza Venezuela. Tiene sus cabeceras en la cima del Monte Roraima, en la Gran Sabana.

**\*Chau kuik:** En Kamarata, jefe de los pajaritos.

**Chikanán:** Río afluente del Karrao, nace en la serranía de Lema, hacia el norte del Parque Nacional Canaima.

**Chiké:** Nigua, hermano menor de los makunaima.

**Chikirikö:** Pequeño, chiquitico.

**Churún:** Río que nace en la cima del Auyán Tepui, formando un salto de agua al fondo del Cañón del Diablo: el Churún Vená.

**Ekamanín:** Persona que relata oralmente la cotidianidad, las costumbres, los mitos e historias de los antepasados pemón. Cuentacuentos.

**Enwarapaima:** Lagarto gigante que habita en las entrañas de un cerro del mismo nombre.

**Imawarí:** Ser que habita los riscos, precipicios, cimas tepuyanas, cárcavas y selvas. Puede tomar diversas formas, como la de un pajarito, jugarle bromas pesadas a los pemón, burlándose de él. O puede comportarse de modo muy agresivo, llegando a destruir todo a su alrededor. Imawaritón es el plural.

**Irük:** Hormiga veinticuatro, de picada muy dolorosa. Mide aproximadamente dos centímetros, su abdomen posee pelos de color marrón oscuro y brillante. Vive en las selvas de galería de la región.

**Iwarkarimá:** Casa del “gran mono”. Uno de los tepuyes orientales, conocido también como Yuruaní.

**Ka’:** Cielo, firmamento.

**Kachirí:** Bebida de yuca fermentada con batata.

**Kachiwotó:** Se trata de una taparita utilizada por los piasán para introducir extractos líquidos de plantas por la nariz. Estos preparados tienen una finalidad ritual, ayudando al piasán en sus diferentes trabajos: de curación, de concentración, preparación de un sucesor para la cacería o la pesca, etc.

**Kaikusé:** Jaguar. Dicen los abuelos que también había jaguares negros, que son en realidad los mismos jaguares de color ocre con manchas pardo-oscuras, con la diferencia de que su piel posee más pigmentación, tanta que pueden parecer negros.

**Kai-kai:** Periquito.

**Kaipün:** Grande.

**Kaiwonó':** Es el equivalente del planeta que conocemos como Venus.

**Kakó:** Roroimita, jaspe.

**\*Kamaiwá':** Avispa negra de gran tamaño y veneno muy activo, cazadora de arañas y otros insectos. Es el equivalente a la estrella conocida por los criollos como Beta Centauro.

**Kamí:** Chinchorro.

**Kamarakoto:** Pemón originario del valle de Kamarata.

**Kamarata:** Valle que se extiende a lo largo de la cuenca del Akanán, al sur del Auyán Tepui.

**Kanaimö:** Comunidad al norte del Auyán Tepui, a orillas de la laguna de Kanaimö, habitada por kamarakoto y criollos.

**Ka'Piá:** Firmamento en el tiempo de los ancestros

**Karaiba:** Indígena proveniente del lado brasilero.

**Karán:** Visitante(s)

**Karawaré:** Puente que conecta el mundo por el que transita el piasán con la realidad. Nombre que se le da a un bejuco muy grueso semejante a una especie de escalera. Los abuelos dicen que cuelga del cielo y que es utilizado por los piasán, se le conoce también como la escalera de los piasán.

**Karrao:** Río al que se une el Akanán en su ruta alrededor del Auyán Tepui, vertiendo sus aguas más adelante en el Caroní.

**Karuai:** Río que divide al Parque Nacional Canaima en el sector occidental, donde se ubican las comunidades de Kanaimö y Kamarata, entre otras; y sector oriental, comprendido por la Gran Sabana.

**Katurui':** Nube de agua.

**Kau-kau:** Gato.

**Kewei:** Bastón sonajero fabricado con uñas de danto, picos de pájaro y/o semillas, empleado para marcar el ritmo del baile del parichara.

**Kobipa:** Pequeño poblado en el valle de Kamarata.

**Körepá Kupá Vená:** Es el llamado comúnmente Salto Ángel, no es el mismo que erróneamente llamamos Churún Merú.

**Körumé:** Trueno.

**Kuana:** Río de menor tamaño afluente del Akanán.

**Kukenán:** Río del sector oriental, su nacimiento se localiza en la cima del Matawí Tepui. Es afluente del Caroní.

**Kukurital:** Otro afluente del río Caroní, ubicado en las cercanías de Kanaimö.

**Kumachí:** Líquido blanquecino y venenoso conocido por los criollos como yare, extraído de la yuca, una vez exprimida esta a través de un sebucán. En pemón se llama tenkei. Es la base de un preparado picante, que después de hervido, durante más de cuatro horas, puede ser consumido. Se le agrega ají picante con termitas, bachacos culones o pescaditos tostados.

**Kumara:** Gavilán cola de tijera.

**Kunawá:** Especie de rana.

**Kupá:** Pozo, laguna.

**Kuramakuá:** Árbol grande, de madera resistente.

**Lema:** Rema Tepui, o en ocasiones llamada Sierra Azul. Es una serranía que se extiende desde la entrada oriental del Parque Nacional Canaima, tiene dos brazos: Lema al norte y Aparamán Tepui al sur, hacia el valle de Kavanayén. A este sistema pertenecen el cerro del Budare o Ptari Tepui y el Sororopán Tepui.

**Makunaimö:** Hermanos protagonistas de todas las historias de la cosmovisión pemón. Iniciadores de la envidia en los tiempos en que todos lo nombrable era humano.

**Ma'napö:** Uno de los hermanos Makunaimö, al que le gustaba llevar la contraria a los demás.

**Matawí:** Nombre que recibe también el Kukenán Tepui, se dice que es el hermano gemelo del Roraima.

**Matutukú:** Especie de bagre de largos bigotes, habita en el fondo de los ríos.

**Mayupa:** Lugar del Karrao bajo. Se cuenta que alguien perdió su wayuco en la playa y desde entonces se le llama Mayupa.

**Me'k:** Especie de hormiga, conocida también como candelita.

**Merú:** Salto de agua en lengua taupán, aunque también se utiliza para raudal.

**Mörökaweré:** Nombre de un piasán kamarakoto, se convirtió en un gran pez. Mörök significa pez.

**Morompö:** Cera negra de abejas.

**Muroi:** Trampa o nasa para pescar, fabricada con una fibra llamada comúnmente “alambrito”.

**Nare-nare:** Especie de pájaro.

**Okonei:** De buena puntería, de tiro certero.

**Opará:** Especie de hormiga pequeña de color grisáceo.

**Paabai:** Papá.

**Pandón:** Cuento.

**Parakari:** Bebida fermentada, fuerte, fabricada a base de yuca.

**Parantarai:** Pájaro campanero.

**Parichara:** Baile pemón. Los danzantes se visten con una falda larga de hojas de palma de moriche y adornos de plumas coronando sus cabezas. Utilizan instrumentos como un bastón sonajero y unos palos ahuecados a modo de trompeta.

**Ptari:** Budare.

**Pawik:** Paují.

**Pemón:** Persona, ser humano. Se denomina así a los habitantes originarios del municipio Gran Sabana, en donde se ubica el Parque Nacional Canaima. Esta etnia se divide a su vez en arekuna, taurepán y kamarakoto.

**Piá:** Origen.

**Piasán:** Especie de chamán.

**Pitiwa:** Nombre propio.

**Poika:** Pajarito negro. Su pico y el círculo que rodean sus ojos son blancos.

**Potorí:** Se emplea para designar al Señor de, al Padre de, al Dueño de; por ejemplo: Rató, el Dueño de todas las Aguas.

**Pumuí:** Ají picante.

**\*Rató:** Se le considera el Dueño o el Padre de todas las Aguas.

**\*Roriwá:** Azulado o morado.

**Roroimö:** Roraima, uno de los siete tepuyes orientales; Roraima, el gran verde azulado; Madre de todas las Aguas; Montaña de Cristal.

**Samburá:** Tambor de dos parches usado por el piasán en los bailes o ceremonias.

**Sakura:** Bebida a base de casabe remojado en agua.

**Sororopán:** Murmullo de las aguas.

**Tamökán:** Constelación de Las Pléyades. Antiguo piasán que subió al cielo convirtiéndose en la constelación que anuncia las lluvias de mayo, cuando aparecen los primeros bachacos y los peces desovan.

**Tarén:** Invocación de energía utilizada por un piasán para curar, ayudar o incidir en los fenómenos naturales. También puede ser empleado para ocasionar daño. Un pemón no necesita ser piasán para saber hacer un tarén.

**\*Tatarikasén:** El reidor, el hacedor de risas.

**\*Tauná:** Estrella muy brillante que aparece en octubre, anuncia la llegada de tormentas eléctricas y ventarrones.

**Taunarimá:** Relámpago.

**Taurepán:** Pemón habitante de la Gran Sabana, región oriental del municipio del mismo nombre, estado Bolívar.

**Tawá:** Caolín, arcilla blanca con la que los pemón se pintaban de blanco durante sus batallas. El caolín se emplea en la fabricación de porcelana.

**Tei:** Sabana.

**Tepü:** Tepui, cerro tabular, meseta granítica típica de la región de Guayana.

**Tönkarón:** Hija de Rató, ayuda a Wei, el sol, a conseguir a Kakó su compañera.

**To'poik:** Búho.

**Tukui:** Tucusito, picaflor. Así se denomina también un baile pemón que se acompaña con el samburá, especie de tambor de dos parches y con unas flautas fabricadas de caña, llamadas rué.

**Tukuchipán:** Casa pemón de forma circular u ovalada. Waipá.

**Tumá:** Comida pemón, preparada con carne de cacería o pescado, hervida en una olla de barro con ají picante, acompañada con casabe.

**Tumún:** Cerro bajo que cierra el valle de Kamarata en dirección sur.

**Tuná:** Agua.

**\*Tunaimá:** Agua grande, gran agua.

**Tüponkén:** El que lleva ropa puesta, el que usa vestimenta. Se emplea para designar al criollo o cualquier persona que no sea de origen pemón.

**Ukaima:** Embarcadero que sirve a la comunidad de Kanaimö para remontar el Karrao y cubrir la ruta al Körepá Kupá Vená, Kamarata y otras comunidades.

**Urimán:** Comunidad minera ubicada al otro lado del río Caroní que hace de límite al Parque Nacional Canaima. Río afluente del Caroní.

**Vená:** Salto de agua en lengua kamarakoto.

**Waipömán:** Cerro al sur del Auyán Tepui, ubicado en el valle de Kamarata.

**Waitatá:** Pajaritos llamados correpostsuelo o choitas por los criollos.

**Wakü:** Bueno.

**Waranapí:** Rayo.

**Waremé:** Oso palmero, oso hormiguero gigante. Habita las sabanas y los llanos venezolanos donde puede conseguir termiteros y hormigueros para alimentarse de las termitas y los bachacos u hormigas.

**Wayare:** Guayuco.

**Wei:** Sol, junto a Kakó son los progenitores de los míticos hermanos Makunaimö.

**Wi:** Culebra de agua, anaconda.

**Wöronká:** Palo hueco utilizado como instrumento de viento en los bailes del tukui y del parichara.

**Yarikü:** Flor.

**Yek:** Árbol.

**Yesé:** Cuñado. Término que es usado entre los hombres para llamarse entre sí.

**Yuruaní:** Río del sector oriental, nace el Iwarkarimá Tepü, uno de los siete tepuyes orientales.  
Afluente del Caroní.

Las palabras con asterisco (\*) fueron consultadas en el *Diccionario Pemón*, de fray Cesáreo de Armellada y monseñor Mariano Gutiérrez Salazar.



# Notas biográficas

**Lino Figueroa:** Nace el 23 de octubre de 1952 en la comunidad de Kavanayén, en el corazón de la Gran Sabana. A la corta edad de un año se radica en Kamarata con sus padres y hermanos. Culmina sus estudios de bachillerato en Ciudad Bolívar y comienza estudios de Física en la Universidad de Oriente, donde le es otorgada una beca para continuar sus estudios en Estados Unidos, en la carrera de Ingeniería Petrolera en Denver, Colorado. Fue Capitán<sup>1</sup> de Kamarata en 1986. Tuvo a su cargo la cátedra de inglés en las unidades educativas nacionales tanto de Kamarata, como de La Paragua, población donde reside hoy en día. Estudioso de su cosmovisión kamarakota, lo que se aprecia en su obra publicada *Makunaima en el valle de los kanimas*. En la actualidad prepara su segunda obra, extensión de la anterior.

---

<sup>1</sup> Se dice del cargo que ocupa el líder elegido de una comunidad indígena. Le sigue el capitán general. Se puede comparar con cacique

**Alexander y Balbino Sifontes:** Hijo y padre, ambos kamarakoto. El primero, guía trilingüe, experto de la ruta de ascenso al Auyán Tepü; el segundo, motorista experimentado, Capitán de curiara, navegante de los afluentes del Caroní. Ambos conocedores de cuanto recorrido se pueda realizar por el valle de Kamarata y sus zonas circundantes. Junto a José Leocadio Cardona, Juan Capistrano y Bonifacio Silva, capitanes y motoristas de sus embarcaciones, han sido fuente inagotable de enseñanza. Así como Miguel, Wilson, Nora, Basilio Ayuso, Carlitos Salazar, Fernando Lambos, José Márquez, Carmelo, Abel y tantos más que de alguna forma me mostraron la cotidianidad pemón.

**Theodore Koch Grunberg:** De origen alemán, nacido en Grunberg, Oberhessen el 9 de abril de 1872. Estudió humanidades y se doctoró en Filosofía en Wurzburg, con un trabajo en lingüística. Fue geógrafo y etnólogo. Contribuyó con importantes aportes a la Antropología, la Sociología y a la Psicología. Existe material filmico de sus expediciones, preservado en el Museo Etnográfico de Berlín, del que fue su director. Este trabajo realizado en la región de Guayana

data de 1911. Escribe su reconocida obra etnográfica, a modo de diario de viajes, *Del Roraima al Orinoco*, editada en alemán entre los años 1917 y 1928.

**Fray Cesáreo de Armellada:** Nació en la provincia de León, España, el 1º de febrero de 1908. A los diez años de edad, ingresó en el Seminario Seráfico del Pardo, en Madrid, para estudiar humanidades graduándose a los quince e iniciando su noviciado en la Orden de los Hermanos Menores Capuchinos de Bilbao; allí estudia Filosofía y Teología. El 11 de octubre de 1931 fue ordenado sacerdote, tomando como apellido su lugar de nacimiento, Armellada. El 7 de enero de 1933 arribó al país como misionero destinado al Caroní. En junio de 1933, llega a Santa Elena de Wairén, después de una ardua travesía junto al padre Eulogio de Villarrín; y en 1943 fundó la Misión de Santa Teresita de Kavanayén. Estudioso de la lengua pemón, realiza el primer diccionario de este idioma, recoge y transcribe un gran número de cuentos y relatos de los pemón, sobre todo taurepán. Graduado de periodista en la Universidad Católica Andrés Bello. Le son conferidas las órdenes Andrés Bello en su Primera Clase y la Francisco de Miranda en su Segunda Clase y al año siguiente le fue designado el Sillón D, de la Academia Venezolana

de la Lengua, espacio desde donde planteó la discusión sobre los valores de la literatura oral y escritura indígena. El correccaminos, Emasensén Tuarí, como era llamado por los pemón, muere un 9 de octubre de 1996 y son ellos quienes lo llevaron de vuelta a Kavanayén. Entre sus obras más destacadas encontramos *Pantón*, *pantón ne keré*, *Taurón pantón*, *Literaturas indígenas de Venezuela*, obra conjunta con Carmela Bentivenga de Napolitano; el *Diccionario Pemón*, realizado conjuntamente con monseñor Gutiérrez Salazar, entre muchas otras.

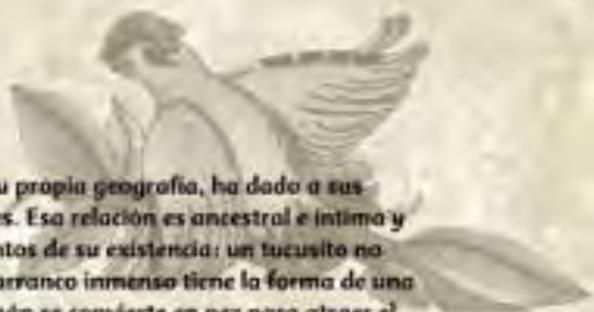
**Monseñor Mariano Gutiérrez Salazar:** Nace en Villacidago de la Rueda, en la provincia de León en España, el 14 de julio de 1915. Es ordenado sacerdote en el año 1939 e imparte clases de latín y griego en el Seminario del Pardo. Llega al vicariato del Caroní, donde es rector y profesor en el Seminario de Upata y luego en la misión de Santa Teresita de Kavanayén. En 1968 es nombrado vicario apostólico del Caroní y en 1989 miembro de la Academia Venezolana de la Lengua. En 1993 se retira a Caracas después de renunciar al vicariato; allí se dedica a terminar el trabajo literario que venía produciendo. Es autor de varias obras entre las que destaca su obra póstuma *Cultura pemón*, publicada en 2002 por la Universidad Católica Andrés Bello.

# Índice

Nota de la ekamanín	/6
Ariwaipa	/9
Tukui arötöpai waranapí (El tucusito y el trueno)	/19
La fiesta de los pájaros	/25
Entre el Aichá y el Waipömán	/31
Tukui arötöpai Yarikü (El tucusito y la flor)	/35
Manataurai	/41
Wadaka piá pö arötöpai akurí (El Wadaka y el acure)	/45
Torón Wakü, o cómo se originó el Gran Salto	/51
Pawik Potorí, el Padre de los Paujies y la Cruz del Sur	/55
Báquiro que era venado	/59
Nariz de Agua	/63
Wei arötöpai Tönkarón (El Sol y la Hija de las Aguas)	/73
Mörökaweré	/79
Apoik Pía, el Dueño del Fuego	/85
To'poik, el búho	/91
Glosario	/95
Notas biográficas	/111

Los 3.000 ejemplares de esta edición  
se terminaron de imprimir en  
la Imprenta de la Cultura  
en el mes de agosto de 2010  
Caracas - Venezuela

## Pandón ekamanín (cuentacuentos)



El valle de Kamarata ha otorgado el imaginario y la justificación de su propia geografía, ha dado a sus habitantes, los pemones, el concepto sagrado de seres y energías naturales. Esa relación es ancestral e íntima y se encuentra recogida en estos relatos. El valle les dicta los acontecimientos de su existencia: un tucusito no pierde la esperanza de encontrar a la amada en el rastro de una flor; un barranco inmenso tiene la forma de una serpiente que devoraba hombres y animales en un tiempo lejano; un piasán se convierte en pez para atraer el alimento necesario a la aldea. Los relatos cumplen una función pedagógica, el tiempo no existe, no hay fechas, solo el suceso mítico que comienza "en el tiempo de los ancestros cuando todo era humano, en el tiempo de los abuelos, en los tiempos cuando todos los animales eran humanos". Estos cuentos recogidos por Hanneke son las ensañaciones de esas lecturas, sobre todo de una tradición que sigue manteniendo la oralidad como parte de su cultura e identidad; con ese propósito fueron escritos. Algunos son propios, otros simplemente pertenecen al valle de Kamarata de donde el libro toma su nombre *Pandón ekamanín (cuentacuentos)*.

Hanneke Wagenaar (Wageningen, Holanda, 1963). Fotógrafa, diseñadora, promotora cultural, escritora, traductora, ilustradora e investigadora. Articulista en la revista ambiental *Red planeta Tierra*, *La mancha impresa* y *A plena voz*. Sus ilustraciones han aparecido en *Makanaima en el valle de los banaimas* (2000) de Lino Figueroa y en *Red planeta Tierra* del Ministerio del Ambiente. Es autora de la monografía *Fray Gaspara de Armellada* (2009) y del texto inédito *Trisemesán (Viajeros andantes)*; y los libros en elaboración *Pandón* y *Autobiografía de un saxofón*. Ha realizado trabajos de investigación de campo sobre la etnia pemóni kamarakota y la creación de títeres en la misma comunidad en el valle de Kamarata (estado Bolívar). Coproductora de los montajes escénicos *Pablo García y Vayay mendiga*, junto al antropólogo holandés Bartolomeo Duijens, en Holanda (2008), y de *El asesinato de Malcolm X* (2009) junto al cineasta Cedismundo Quintero.